Alí Chumacero

POESÍA COMPLETA

Prólogo de Marco Antonio Campos



10
libros
del
bicho

A
José Luis
un abrazo
de
Alí

libros del bicho



ALI CHUMACERO nació en México en 1918. Poeta, crítico, ensayista, recopilador y antólogo, ha publicado los siguientes libros de poemas: *Páramo de sueños* (1944), *Imágenes desterradas* (1948), *Palabras en reposo* (1956).

Alí Chumacero

POESÍA COMPLETA

Prólogo de Marco Antonio Campos

10
libros
del
bicho

PREMIA EDITORA S.A.

Diseño de la colección: *Millet*

Primera edición: 1980

ISBN 968—434—142—3

Premià editora de libros s.a.
c. Morena 425 A. México 12, D. F.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

EXAMEN DE ALI CHUMACERO

Alí Chumacero ha sido uno de los poetas más extraña e injustamente relegados en los últimos años. He explicado alguna vez motivos de ese probable destierro del que el mismo Chumacero es un poco culpable: no dicta conferencias, no da lecturas, no concede entrevistas, no cae en cualquier tipo de propaganda que quizás ayude a la proyección personal, pero en nada a la obra. Hay otras causas de ese alejamiento, pero debemos buscarlas dentro de su misma poesía. La primera de ellas es que ésta no se da a la primera lectura y, para comprenderla y valorarla —hasta donde es posible comprender y valorar la poesía—, exige esmeradas relecturas. Sólo así, entiendo, podemos más o menos desentrañar matices, ambigüedades, sugerencias, insinuaciones, reticencias: ese follaje de significaciones que un poeta hermético suele ofrecer al lector, si por hermético no decimos verdadero. Su lenguaje, de tan concentrado, hace que en muchos poemas no sólo cada verso sino aun cada vocablo tenga función dentro del discurso, siendo prácticamente imposible, sin deterioro o caída, eliminarlos. A otros poetas podemos arrancarle versos, fragmentos y aun poemas y creer que hacemos bien o ganan con eso. Hacerlo con Chumacero es agresión directa porque el verso se incrusta exactamente *en el poema. Podrá gustarse o no de su poesía, podrán chocar o no los versos, pero sus detractores no pueden herirle con dos acusaciones: negligencia e inutilidad. Octavio Paz, en el prólogo o* Poesía en movimiento, *esgrimía: "Concentrada, reconcentrada encerrada en un lenguaje de escamas y suntuosas opacidades, rotas aquí y allá por centelleos, la poesía de Chumacero es una liturgia de los misterios cotidianos: el velorio,*

el salón de baile, la alcoba de los amantes, el cuarto del solitario. Sitios públicos, sitios secretos, lugares de la infamia o de la consagración." Cierto, pero hay que corregir que esos "lugares de la infamia o de la consagración" sólo aparecen en su último libro. En ese sentido —en el de resumir a otros poetas— más que descubridor o iniciador, Chumacero es culminación. Tablada o el mismo Paz, digamos, abrieron o abren caminos que poetas mexicanos han aprovechado y aprovecharán: su obra es abierta. La poesía de Chumacero, en cambio, se enconcha, se retrae, se cierra. Eso probablemente sea otra causa de alejamiento de las mesas de trabajo de las nuevas generaciones, que de cualquier forma se distinguen por múltiples cosas, pero no por su afición a la lectura. No importa, insisto: Alí Chumacero —y qué bien— es de los poetas que pueden prescindir de lectores y críticos circunstanciales.

Xavier Villaurrutia, siempre fino, siempre preciso, anotaba en su prólogo a la poesía de Efrén Rebolledo sobre la necesidad de seleccionar a ciertos poetas mexicanos que, de esa forma, ganarían en la consideración del lector, y citaba a Díaz Mirón, Othón, Nervo, Tablada. Asimismo —añadía— que, por "la brevedad y concentración de su obra, Ramón López Velarde es un poeta que resiste la lectura de sus poesías completas o casi completas". Este sería el caso de Chumacero, que salvo pocos poemas de *Páramo de sueños* (quizá los más villaurrutianos) y menos de *Imágenes desterradas* se trata de una obra que podríamos compararla a un diamante: casi no es posible quebrarla, y si se hace, parece quebrarse toda ella. Su avara obra, reunida en tres pequeños libros, es un solo poema, y da, como pocas obras de nuestros poetas, visión de unidad: imagen de arco iris en un fondo de oscuridad.

Chumacero publica su primer libro, *Páramo de sueños*, en el 1944, cuando tenía veinticinco años, aunque como recuerda José Emilio Pacheco, un buen número de esos poemas se usaron como suplemento en el número que cierra el primer año de *Tierra Nueva*, la revista fundada por el mismo Alí, José Luis Martínez, González Durán y Leopoldo Zea. *Páramo de sueños* mostrará raíces y persistencias de lo que sería su trabajo poético: el amor, la muerte, el sueño, la so-

ledad, el espejo, el otro, aunque en su último libro rompa con algunos de estos temas o, en su defecto, los labre de otra forma.

Si bien Páramo de sueños es un saldo de cuentas con sus acreedores (Villaurrutia, Gorostiza, Cernuda, clásicos españoles) se observa una voz, si no nueva, sí distinta: una voz casi o abiertamente desolada, que no hablará, salvo en momentos excepcionales, de alegrías de la vida. Se ha subrayado (Chumacero lo reconoce) la influencia que ejerció Xavier Villaurrutia en su poesía, particularmente en Páramo de sueños. Sí. Además de la referencia concreta en versos evidentes o en ciertos juegos de palabras, hay dos peculiaridades de la poesía villaurrutiana que Chumacero aprende: la concentración y la flexibilidad, musical y visual, del verso. Ya he dicho cómo se manifiesta esa concentración que nos impide prescindir no sólo de versos sino aun de palabras; a su vez, la flexibilidad —que supone la concentración— se manifiesta sobre todo en esa especie de vivo acordeón, esa manera de detener, cortar y recortar imágenes hasta petrificarlas y verlas. Podríamos hallar otras conexiones, como por ejemplo la desolación de las dos obras poéticas, pero eso es accidente humano, coincidencia o confluencia temáticas, y no influencia directa o indirecta. Para valerme de una visualidad siempre de moda, la poesía (la mayor parte de la poesía) de Villaurrutia es nocturna; la de Chumacero, crepuscular. Villaurrutia parece mirar los oscuros árboles del sueño, de la muerte y del amor sombrío, y aun la naturaleza y los objetos se oscurecen por obra y gracia de su pluma: habla de la rosa, pero de "la rosa del humo, la rosa de ceniza, la negra rosa de carbón diamante" y el mar es un mar "sin viento ni cielo, sin olas, desolado". Chumacero también, pero en esos árboles está la iluminadora presencia o el recuerdo de la mujer, si bien —observa Pacheco valiéndose de versos del mismo Alí— "en el cuerpo de la 'funesta amante' ya se respira el sabor del sepulcro". Quizás una imagen que nos ayude a definir sea el significativo título de una sección de Páramo de sueños y de uno de sus mejores poemas: "Amor entre ruinas": el sol en medio de la devastación. En este libro —Páramo de sueños—, Alí explora lo que es para él nuestra condición: la vida es juego de espe-

jos, sueño, ilusión, polvo, desamparo, soledad. En una tradición como la mexicana, llena de obras desoladas, la de Chumacero es una de las más.

El amor es parte esencial en la poesía de Alí, y allí el poeta descubre y penetra el dolor, la tristeza, la máscara de la muerte, descubre ciertos instantes fúlgidos, y sobre todo —vaya lo adversativo— conoce la salvación. La gran —¿la única?— justificación parece encontrarse en el cuerpo de la mujer. En sus dos primeros libros —más en Imágenes desterradas— *el amor es el vértice y en momentos —¿por qué no?— el vórtice. En el antedicho "Amor entre ruinas", la fervorosa amante acaba siendo y reconociéndose imagen de la muerte: es vino de túmulo, sabor precipitado en alas, aliento mudo. En los siguientes versos —los dos últimos tienen claras resonancias clásicas— podríamos encontrar ese instante efímero y escaldante donde se encuentran y se rompen para siempre el amor y la muerte:*

...desnuda y silenciosa caes
con lentitud de aroma en la penumbra,
hecha rumor del tacto
bajo la sábana que como lluvia
transformada en rocío desciende sobre el pétalo
y nos erige, diáfanos,
ya para siempre espuma, aliento derrotado,
más rescoldo que cauce o alarido,
más ceniza que humo,
más sombra, más desnudos.

El mejor Chumacero, en mi concepto, no está en los sonetos o en los poemas cortos, sino en los medianos y más que nada en los largos, aunque éstos se cuenten con dedos de la mano: "Amor entre ruinas", "El responso del peregrino" y "La noche del suicida". Casi me atrevo a afirmar que mientras perviva la sensibilidad poética de las generaciones, uno de los poemas que se leerán infatigablemente será el segundo. En este poema encontramos dentro de una triste atmósfera religiosa la presencia profana de la mujer. Aquí es donde mejor se explicaría esa síntesis de que hablaba Paz: erotismo y profanación. Pero esta profanación se dibuja so-

bre una suerte de paisaje hebraico con recreaciones o paráfrasis bíblicas y referencias griegas. El hombre ha sido, es y será polvo y la vida es sólo vanidad de vanidades, y donde vemos con ojos pasmados y enamorados el claroscuro de la mujer. No sé si Chumacero sea cristiano o siquiera religioso, pero evidentemente hay nexos en su visión del mundo y del hombre con la de la Biblia. Además de cierta música que puebla poemas, las Sagradas Escrituras le sirven como fuente de reflexión o recurso estético. Quizá nos ayuden dos citas de sus versos para relacionar y ejemplificar su visión de nuestra condición humana. En la primera habla de "...la desolada tierra de mi carne, /donde la libertad del hombre es sombra/y los muertos entierran a sus muertos". En la otra dice: "...convencido/de existir en la vida de mi piel/ habitando el sepulcro de mi cuerpo". El hombre, como grabaron inolvidablemente Santa Teresa y San Juan de la Cruz, vive muriéndose en el cuerpo, enterrado en la "carne triste", "llorando sobre un cadáver condenado a muerte"; Chumacero —sería la distinción— se desliga sólo a través o en el encuentro del cuerpo femenino, donde importa más el gozo y no la reproducción, el instante iluminador y no el proceso mecánico y casi obligatorio. Pero Chumacero no está en el primer día de la creación descubriendo con ojos azorados las maravillas del jardín. No. Chumacero está en el día de la caída: cuando el hombre ha conocido el pecado y se sabe ya, irremisiblemente, condenado al sufrimiento y a la muerte.

Si bien, como dije, sus mejores poemas son los largos, Chumacero destaca también en poemas medianos perpetrando delgadas esculturas musicales. Para reunir en una imagen auditiva la musicalidad de su poesía, podemos decir que la lectura de sus poemas nos hace pensar que asistimos a un concierto sin grandes disonancias ni contrastes, y donde la melodía, profunda y melancólica, proyecta a nuestra mente imágenes sombrías con penetrantes destellos esporádicos.

Debo añadir dos cosas al respecto de la temática de su último (gran) libro, Palabras en reposo (1956), *que rompen con los libros anteriores. Ya he hecho notar una al referirme a la cita de Paz sobre los sitios públicos y secretos que enunciaba. La otra es sobre las personas que lo habitan y que son, si no marginales, sí asociales, o bien los que son estig-*

matizados, en voz baja o a sus espaldas, por la sociedad: el hijo natural, el viudo, el solterón, la adúltera, el solitario, el perezoso, y aun, post mortem, el suicida y la virgen muerta. En el dibujo cotidiano que hace Chumacero de estos seres parece reconocer espejos donde se reflejan desolaciones semejantes. Esto podría hacernos pensar que Palabras en reposo es un libro menos personal. Hasta cierto punto. Si bien es donde menos habla de sí mismo, no por eso se aleja de sus obsesiones: están allí, pero en figuras de otros. Es el yo social de Chumacero, o mejor dicho, el yo que se identifica con personajes señalados por la sociedad.

Eunice Odio, en largo y espléndido trabajo aún inédito, refería que en "sus dos primeros libros el poeta anduvo en el alma del hombre; en el último ha ido a vivir con él, a verlo en sus menesteres más sórdidos y humildes, más heroicos y decisivos. Antes Alí era el poeta, y el poeta apartado de todos, que parecía no tener puntos de contacto con el ir y venir; ahora va y viene, pero, como es natural, cada uno de sus gestos está apoyado y determinado por movimientos internos". Chumacero, en este libro —como dice líneas atrás la misma Eunice— "ha salido a la calle" y ha enterrado casi completamente la abstracción.

Después de Palabras en reposo Alí Chumacero calló, y quizá para siempre. Qué lástima. De cualquier forma, su pequeña obra será reliquia de la poesía mexicana del siglo XX. Tal vez, al recordarlo, generaciones venideras citarán como despedida y epitafio los dos últimos versos de su último poema:

El huracán cesó y en torno de la estrella
recuerda en mí la soledad su nombre.

MARCO ANTONIO CAMPOS

POEMAS
NO COLECCIONADOS

SOLEDAD

Cuando ni el brazo alcanza a tocarse a sí mismo,
con tan fiel movimiento que gime en su temor
como el cauce del río corriendo por sí mismo,
muy lento hasta ahogarse en su propio temblor.

Cuando la niebla es gris y crece entre la noche,
nosotros tras su sangre también nos defendemos,
sin saber qué es la niebla, sin conocer la noche,
mas siendo en ella vivos, en su impalpable peso,

sin pensar en nosotros, ni siquiera en el agua
que por dentro consume nuestro propio desnudo,
el callado placer de vivir en el agua
un más íntimo amor, y con el cuerpo húmedo,

la intimidad más alta, la más callada estrella
o el correr de la sangre siempre hacia sí misma,
constante y limitada, como una luz de estrella
que se pierde en la noche sin encontrar salida.

Cuando entonces sabemos por dónde nuestra sangre
desgrana su letal, su fiel melancolía,
corremos grises ya dentro de nuestra sangre
nosotros en nosotros y la noche nos guía;

entonces nuestra frente, nuestros brazos y piel,
abiertos a la sombra recogen su pesar
entrándose en la sangre, perdidos en la piel,
alertas como rocas tendidas hacia el mar.



Entonces ni la voz alienta entre los labios
y encima de la noche y el mar de nuestras venas
muerta queda la voz, yertos quedan los labios.
Es cuando estamos solos, en soledad perfecta.



SILENCIO

Vierte su voz con gélido rumor
el frío que en mi cuerpo se adormece;
silencio el sueño, muerte que amanece
bajo la noche intacta, desamor

de sentirse más blanco que la rosa,
más limpio que el cristal, más río puro
corriendo claro por el mar del muro,
bañándolo insistente; vaporosa

sábana que camina por mi lecho,
por el temor del cuerpo adormecido
y hace inútil pensar que ya deshecho,

convertido en el sueño más querido,
se esconde el sueño en la mitad del pecho
cuando en silencio puro estoy vencido.



MUJER EN LA PLAYA

Las montañas distantes, impasibles,
elevan mi poema. Tú, desnuda
y transparente, deshaciéndote
en pétalos vigorosos,
recostada en mi poesía.

Tu cabellera insostenible enredada al mar.
El sol volando en tu fragancia.
El mar en la base de mi deseo.
Un cangrejo inútil quiere ser mi disfraz.

La voz late en tu pecho
y se entierra en tus manos
para que yo la tenga cerca.

TU SILENCIO, YO

Miro caer violines de tu boca,
tristes, mustios, sin alas
pregonando el desierto en que floreces;
miro el silencio del nocturno sueño
dibujando campanas inertes, sin motivo,
que forjan tu verano de ternura
y que hoy, escondiendo sus lenguas milagrosas
te definen en el arpegio del silencio.

Te estoy mirando
como una fuente destrozada,
prisionera de un callado espanto
nacido en la elegía de tu boca,
antiguo río de pájaros luminosos.
Mi agonizante voz o aire de recien nacido
es arbusto de niebla frente a tu selva trunca;
esta callada voz, desesperada estrella
sin música saliendo del desastre,
cae destruida en su raíz
al invierno de tu sonido.

Sé que tus labios yermos no aletean,
puerta de casa derrumbada,
porque un dolido ensueño te ha cercado,
te ha escondido en su alcoba
cubriéndote de sábanas luctuosas
entre confusas nubes.

No quiero conocer la voz de tu palabra
hecha pedazos en tu boca,
ni cortar tu trayecto de mariposa ya sin alas,



porque mi cuerpo hierve límites
de elegías agonizantes
y me satura tu sonido de carretera abandonada.
He pensado lanzar
a los ángulos de tu oscuridad
miradas que organicen tu esquema diluido
y físicamente resuelvan tu inmutable silencio.
Pero no. Amo más esa heroica mudez,
más que a tu mirada caída
deshojada en la inmóvil soledad,
como náufrago fuego en un jardín.

Al nombrarte en tu incinerado nombre,
siento tenerte desde tus orígenes,
viva, clara como un espejo limpio,
presente en mi alegría de aliento que se apaga.

Te hago murmurar la piel sin ruido,
atada entre mi cuerpo,
ante el presagio del silencio,
y al fin he de quedar en el silencio
después de ahogar mi canto en tu silencio.

PARAMO DE SUEÑOS

A UNA FLOR INMERSA

Cae la rosa, cae
atravesando el agua,
lenta por el cristal de sombra
en que su tallo ahoga;
desciende imperceptible,
clara, ingrávida, pura
y las olas la cubren, la desnudan,
la vuelven a su aroma,
hácenla navegante por la savia
que de la tierra nace
y asciende temblorosa,
desborda la ternura de su tacto
en verde prisionero,
y al fin revienta en flor
como el esclavo que de noche sueña
en una luz que rompa
los orígenes de su sueño,
como el desnudo ciervo, cuando la fuente brota,
que moja con su vaho la corriente
destrozando su imagen.

Cae más aún, cae
más allá de su savia,
sobre la losa del sepulcro,
en la mirada de un canario herido
que atreve el último aletazo
para internarse mudo entre las sombras.
Cae sobre mi mano
inclinándose más y más al tacto,
cede a su suavidad de sábana mortuoria



y como un pálido recuerdo
o ángel desalado
pierde una estela de su aroma,
deja una huella: pie que no se posa
y yeso que se apaga en el silencio.

OLA

Hacia la arena tibia se desliza
la flor de las espumas fugitivas,
y en su cristal navega el aire herido,
imperceptible, desplomado, oscuro
como paloma que de pronto niega
de su mármol idéntico el estío
o el miedo que en silencios se apresura
y sólo huella fuese de un viraje,
melancólica niebla que al oído
dejara su tranquilo desaliento.
Mas el aire es quien fragua, sosegado,
la caricia sombría, el beso amargo
que al fin fatigará el oculto aroma
de la arena doliente, deseosa,
ávida, estéril sombra pensativa,
cuerpo anegado en un cansancio oscuro
sometido al murmullo de aquel beso.

Hermosa así, desnuda, ya no es
la carne iluminada cual la flecha
que en el viento describe lujuriosa
el temblor que después ha de entregar;
ni es la boca ardiente, enamorada,
insaciable al contacto, al beso ávida
como profundo aroma silencioso;
ni la pasión del fuego hacia el aliento
destruyendo lo inmóvil de la sombra
para precipitarla en lo que ha sido,
sino que, ya ternura del cautivo
que sabe dónde amor le está esperando,



quiebra su forma, pierde su albedrío
y en un instante de candor o ala
ahogada en un anhelo suspendido,
como ciega tormenta despeñada
abandónase al cuerpo que la acosa
y a su encuentro es caricia, oscura imagen
de rudo impulso convertido en plumas
o tinieblas perdidas para siempre,
y sabe cómo al fin la arena es tumba,
frontera temblorosa donde se abren
las flores fugitivas de la espuma,
resueltas ya en silencio y lentitud.



PARAMO DE SUEÑOS

VENCIDOS

Igual que roca o rosa, renacemos
y somos como aroma o sueño tumultuoso
en incesante amor por nuestro duelo;
fugitivos sin fin que el rostro guardan,
mudos cadáveres precipitados
a una impasible tempestad;
y morimos en nuestras propias manos,
sin saber de agonías,
caídos descuidados al abismo,
a través de catástrofes en nuestro corazón dormidas,
así tan simplemente, que al mirar un espejo
hallamos dentro sombras silenciosas
o una paloma destrozada.

Porque nada delata que existamos
en esta soledad del pensamiento,
y el olvido desciende hacia la tierra
como un equívoco de Dios,
dormida imagen donde en sueños
se martiriza por saberse bello;
porque es inútil la embriaguez
que nos cubre de olvidos contra el mundo
cuando es la lentitud
y el sentirse arrojados sobre el lecho,
como el cesar y el impedir,
lo que alimenta nuestro amor
y el incansable continuar entre los hombres,
del dolor de la carne enamorados.
Igual que rosa o roca:
crueles cadáveres sin agonía.



ESPEJO DE ZOZOBRA

Me miro frente a mí, rendido,
escuchando latir mi propia sangre,
con la atención desnuda
del que espera encontrarse en un espejo
o en el fondo del agua
cuando, tendiendo el cuerpo, ve acercarse
su sombra, lenta e inclinada,
a la suprema conjunción
de dos pulsos perdidos en sí mismos,
como doble sueño o palabra
inserta en eco hasta llegar
a la primera orilla del silencio.

En espejo de sueños estoy junto a mí mismo
y mi imagen se asoma alargando los brazos,
buscando asir lo inasidero,
lo que dentro de mí resuena
como sombra apresada en las tinieblas
que quisiera hallar una luz
para poder nacer.
Estoy junto a la sombra que proyecta mi sombra,
dentro de mí, sitiado,
intacto, descansando leve
sobre mi propia forma: mi agonía,
y en vano quiero ya cerrar los ojos,
dejar los brazos a su propio peso
o que el agua del silencio lave mi cuerpo,
pues ya mi sueño frente a mí me nombra,
ya destroza el espejo en que se guarda
y reclina su voz sobre la mía:
ya estoy frente a la muerte.

MUERTE DEL HOMBRE

Si acaso el ángel desplegara
la sábana final de mi agonía
y levantara el sueño que me diste, oh vida,
un sueño como ave perdida entre la niebla,
igual al pez que no comprende
la ola en que navega
o el peligro cercano con las redes;
si acaso el ángel frente a mí dijera
la última palabra,
la decisión mortal de mi destino
y plegando las alas junto a mi cuerpo hablara,
como cuando el rocío desciende lento hacia la rosa
al dar el primer paso la mañana,
ya miraría en mi sangre
el negro navegar, la noche incierta,
el pájaro que sufre sin sus alas
y la más grave lentitud: la muerte.

Aun cerca de la íntima agonía
estás, oh muerte, clara como espejo;
más abierta que el mar,
más segura que el aire que entró por la ventana,
más mía y más ajena
por mi sangre y mis brazos
en esta soledad.

Estás tan fértil como niño
que, angustiado, llora antes de ser,
entre la sangre siendo
y por la piel más vivo que la piel;



te llevo como árbol, tierra y cauce,
y eres la savia pura,
la flor, la espuma y la sonrisa,
eres el sér que por mi sangre es
como la estrella última del cielo.

Si acaso el ángel sigiloso
abriera la ventana de mi sangre,
te miraría salir interminablemente
como un tiempo cansado
hacia su sombra vuelto,
como quien frente al mundo se pregunta:
"¿En qué lugar está mi soledad?"

Si acaso el ángel me mirara,
abierta ya la niebla de mi carne,
sin nubes, sin estrellas,
sin tiempo en que mecer la luz de mi agonía,
encontraría tan sólo a ti, oh muerte,
llevándome a tu lado, fiel;
te encontraría tan sola a ti, sin mí,
ya sin cuerpo ni voz,
sin angustia ni sueños,
te hallara entonces pura, oh muerte mía.

ANUNCIACION

Inserto en soledad
de palabra vertida
que apenas hiriera el silencio,
siento la voz del sueño
con su descenso casi imperceptible
y sus labios de hielo,
mas no el letal dolor que de mí nace,
ni la perenne dicha del misterio aclarado
más allá de las cosas,
del último verano de la sangre
que en su final latir
crece trémula y nos inunda
de su postrer sollozo,
sino el misterio mismo con su propia presencia,
sus invisibles alas, sus invencibles olas
y la marea con que ahoga
la más inundada palabra
o aun la propia voz,
y llega sobre el lecho, silencioso,
negando su sonido,
a destacar su dura esencia
a despertar mi sueño con su sombra,
a rescatarse en mí
como cristal que guarda el recuerdo del aire,
como cuando el silencio
navega en aguas del silencio,
y sobre mi cuerpo desnudo,
tocando con su piel la húmeda frialdad
de mis labios y voz,
llegando hasta debajo de mis párpados,



me inunda lentamente, me apresa con sus redes
y en su océano quedo
como última voz abandonada
o el naufragio de sombra sobre sombra,
y comprendo que sueño y sombra,
confusos para siempre,
no pueden exclamar: "Esta es mi sangre."

ANESTESIA FINAL

La muerte bajo el agua
y la noche navega lentamente.
Herida va mi sangre,
más ligera que el sueño
y el despertar sediento del inicial recuerdo.
Una mortal navegación a oscuras,
marítimo dolor, cristal amargo;
un estar descendiendo
sin encontrarse asido,
como un río que fuera de los pies a las manos
junto al sopor nocturno;
un tornar las cortinas de la sangre,
la boca atropellada de silencios,
como si labios húmedos
cayeran en mi huella
deletreando ausencia entre las manos.
¿Quién asciende hasta el último suspiro?
¿Quién bebe la cicuta del agua entre la muerte?
¿Quién destroza el silencio?
¿Quién en silencio vive?

Dejo flotar mi piel
a través del cristal en que me ahogo
como espejo en la noche,
más delgada mi sangre y mis nervios al aire:
esfuerzo que me hunde en lo destruido,
voraz calor que me devora.
El sonido, ah cómo sabe a río,
urdido como estrellas apenas presentidas,
resbala por la piel de mis espaldas



cuando descubro, trunco,
el tallo derrotado en que me creo;
su beso es el comienzo de la muerte,
el negro navegar
y la escala sin brazos.
Me hundo en un océano de yodo;
sabor de invierno lecho en selva de mi carne,
cazadora nocturna,
que herida ya en su forma
descúbrese en dolor adormecida.
Así me voy perdiendo cercado en mis contornos,
cercano a mi silencio
cuando navego en aguas de la muerte.



REALIDAD Y SUEÑO

Náufrago de mi propio sueño,
como si transportara en la flor de los labios
el silencio desnudo,
más que la sangre muda de hospital
muerta en el abandono;
con la tristeza del que viaja
por un aire sin viaje,
reducido al silencio
bajo un olor de rosa no pensada,
cuando el jardín no sabe
si la flor es un sueño
o la esperanza presentida;
fijo en mis latitudes
con el límite sueño entre las manos,
en su cauce la sangre detenida
y el temor de que llegue hasta mi tacto
la presión más efímera
o la más fina flor ya derribada;
límite y carne, sueño ilimitado
bajo la sábana, tan blanca,
por la que corre sangre
como la vena rota
en la piel de una virgen;
amigo de mí mismo
igual al hombre que presiente
la altura de su sombra
a la hora del último camino,
cara al ángel que viaja hacia mi encuentro
con la blancura íntima del niño aún no nacido,
me recuesto en mis venas



doloroso y sediento, sin mis nervios
ni el recuerdo inicial,
aquel primer encuentro con la muerte
tan clara, pura y sombra.

Siento que un mar lejano,
hundido como puerto bajo niebla,
hasta mí llega, cuando poso mi mano ávida
sobre el temor de mi sombría piel,
igual que un río inmóvil camina por los campos,
y de la sombra de mi aliento,
lento y desnudo, fiel a mi destino,
con mi sangre en el hielo,
más fría que la estatua bajo el agua,
con el frío en las manos
y la desnuda voz enmudecida,
hacia mi sombra vuelvo,
retorno a mi naufragio.



EN LA ORILLA DEL SILENCIO

Ahora que mis manos
apenas logran palpar dúctilmente,
como llegando al mar de lo ignorado,
este suave misterio que me nace,
túnica y aire, cálida agonía,
en la arista más honda de la piel,
junto a mí mismo, dentro,
ahí donde no crece ni la noche,
donde la voz no alcanza a pronunciar
el nombre del misterio.

Ahora que a mis dedos
se adhiere temblorosa
la flor más pura del silencio,
inquebrantable muerte ya iniciada
en absoluto imperio de roca sin apoyo,
como un relámpago del sueño
dilatándose, cándido desplome
hacia el abismo unísono del miedo.

Ahora que en mi piel
un solo y único sollozo
germina lentamente, apagado,
con un silencio de cadáver insepulto
rodeado de lágrimas caídas,
de sábanas heladas y de negro,
que quisiera decir: "Aún existo."

Comienzo a descubrir cómo el misterio es uno
nadando mutilado

en el supremo aliento de mi sangre,
y desnudo se afina, agudiza su sombra
para cavar mi propia tumba
y decirme la fiel palabra
que sólo para mí conserva
escondida, cuidada rosa fresca:
"Eres más mío que mi sombra,
en tus huesos florezco
y nada hay que no me pertenezca
cuando a tientas persigo, destrozando tu piel
como el invierno frío de la daga,
el vaho más cernido de tu angustia
y el poro más callado de tu postrer silencio."

Entonces me saturo de mí mismo
porque el misterio no navega
ni crece desolado,
como germina bajo el aire el pájaro
que ha perdido el recuerdo del nido allá a lo lejos,
sino que es piel y sombra,
cansancio y sueño madurados,
fruta que por mis labios deja
el más alto sabor y el supremo silencio endurecido.

Y empiezo a comprender
cómo el misterio es uno con mi sueño,
cómo me abrasa en desolado abrazo,
incinerando voz y labios,
igual que piedra hundida entre las aguas
rodando incontenible en busca de la muerte,
y siento que ya el sueño navega en el misterio.



JARDIN DE CENIZA

Haber creído alguna vez
viendo la noche desplomarse al mundo
y una tristeza al corazón volcada,
y después ese cuerpo que oprimen nuestras manos:
la mujer que sonríe
y sobre el lecho se nos vuelve
cadáver mutilado en el recuerdo,
como mentira ínfima
o rosa desde siglos viviendo en el silencio.
Y sin embargo en ella nos perdemos,
muertos contra sus brazos, en su misterio mudos
tal una voz que nadie escucha,
frutos ya de cadáver de amor, petrificados;
su placer nos sostiene sobre un mentido mundo,
ahí nos consumimos continuando
en la vana tarea interminable,
y luego no creemos nada,
somos desolación o cruel recuerdo,
vacío que no encuentra mar ni forma,
rumor desvanecido en un duro lamento de ataúdes.

DEBATE DEL CUERPO

Lamento que entre tumbas se consume
como época de sombra en una desatada tempestad,
mi corazón esparce su evidencia,
su dura flor de roca desolada
y al desbordarse forma
un cálido latir sobre la piel;
golpean más allá del cuerpo sus defendidos límites
prolongando su extrema vigilancia
contra un mundo al fin eco de mi sueño.

En ceniza y olvido ha de morir,
mas hoy insiste aquí como quien baña
con un lenguaje mudo sus palabras,
surgido de una voz que interminable se repite
acaso en sombra madurando,
a través de su luz dormida sobre los sentidos
para crear un mundo de armonía,
como un deshecho aliento que retorna a su origen
y vuelve a ser imagen de su fuente.

Y soy yo mismo su violento impulso
al anegarme entre mi propia carne,
viviendo en ella defendido,
cómplice de mi sér que contra el tiempo me levanta
con su voraz sentir la vida dentro,
y me abandona a cóleras y miedos,
me hunde en témpanos de espadas,
cuando al mover sus aguas con mis labios,
en lucha contra mi recuerdo,
frente a formas ajenas a mi imagen,



como un abismo ya sin nada cercano al corazón,
en ella me refugio, convencido
de que existo en la vida de mi piel,
habitando el sepulcro de mi cuerpo.

Aquí me encuentro oscuro e incorpóreo,
sin un viento que cambie mi identidad continua,
y luego me someto a su olvidado duelo
de lágrimas calladas,
como nace un olvido de otro olvido
y una roca es igual a su dureza.
Habito mi probable noche, mi laurel de adversario
sobre la arena trémulo abatido,
y viajo por mi cuerpo
en testimonio de que no existe un espejo
o simple fuente contra mí rebelde,
porque soy mi enemigo sentenciado,
mi propia víctima, la orilla
saciada entre sus límites, en un constante incesto
o presagio de mar que no requiere playa.



AMOR ENTRE RUINAS



POEMA DE AMOROSA RAIZ

Antes que el viento fuera mar volcado,
que la noche se unciera su vestido de luto
y que estrellas y luna fincaran sobre el cielo
la albura de sus cuerpos.

Antes que luz, que sombra y que montaña
miraran levantarse las almas de sus cúspides;
primero que algo fuera flotando bajo el aire;
tiempo antes que el principio.

Cuando aún no nacía la esperanza
ni vagaban los ángeles en su firme blancura;
cuando el agua no estaba ni en la ciencia de Dios;
antes, antes, muy antes.

Cuando aún no había flores en las sendas
porque las sendas no eran ni las flores estaban;
cuando azul no era el cielo ni rojas las hormigas,
ya éramos tú y yo.



DE TIEMPO A ESPACIO

Naciste desde el fondo de la noche,
del sueño donde el tiempo comienza a ser raíz
y la mirada sólo tibio aire,
cuando aún no era ojo, sino apenas un viento suave,
un aroma erigido sin mano que lo toque.

Eras la flor ahogada flotando sobre el cuerpo
en nuestro amanecer hacia la luz;
destrozabas la noche con tus ojos,
hundida en mi desnudo
tal un vivo rumor de brisa que al oído
volcara la virtud de su marea,
y mi aliento en tu savia navegaba,
y tu voz en mi pulso se moría
como sombra de ave agonizante,
transformando mi cuerpo en sueño tuyo,
en vivo espejo abandonado
o silencio que cruza los espacios

DESVELADO AMOR

Cayó desnuda, virgen, la palabra;
calló la virgen desnudada
bajo mi cuerpo, trémulo latir
que hoy apenas si me pertenece
y me embriaga con cálido rumor,
rodea mi epidermis,
se introduce letal bajo mi lengua,
y mis párpados no lo miran
pero lo sienten desalado,
desolado que busca entre la noche
la amarga conjunción
de dos manos eternamente unidas
en el estrecho abrazo de la muerte.

Calló la voz. Mudos los labios
ciñéronse a la sombra
incendiando el incienso de su caída flor;
tan quietos como el sueño que también esperaban
con ansiedad de ciego sobre el tacto,
descansando angustiosos como árbol sin fruto
bajo la primavera. Y mi cuerpo cayó
a un desesperado cuerpo
y desde entonces siente
cómo crecen sus nervios en una dura ruina
hecha de sombra y voz estremecidas
por el vivo temor de estrecharse a la noche
como el mar a las aguas que lo nutren
o la voz a los labios, fuente muda;
y en la quietud nacida
de este limpio silencio que por mi cuerpo corre,
destrozados los labios, la voz y la palabra,
anclado entre mí mismo,
el fuego de mi tacto se adormece
en esta soledad bajo la flor del sueño.

AMOR ES MAR

Llegas, amor, cuando la vida ya nada me ofrecía
sino un duro sabor de lenta consunción
y un saberse dolor desamparado,
casi ceniza de tinieblas;
llega tu voz a destrozar la noche
y asciendes por mi cuerpo
como el cálido pulso hacia el latir postrero
de quien a solas sabe
que un abismo de duelo le sostiene.

Nada había sin ti,
ni un sueño transformado en vida,
ni la certeza que nos precipita
hasta el total saberse consumido;
sólo un pavor entre mi noche
levantando su voz de precipicio:
era una sombra que se destrozaba,
incierta en húmedas tinieblas
y engañosas palabras destruidas,
trocadas en blasfemias que a los ojos
ni luz ni sombra daban:
era el temor a ser sólo una lágrima.

Mas el mundo renace al encontrarte,
y la luz es de nuevo
ascendiendo hacia el aire
la tersa calidez de sus alientos
lentamente erigidos;
brotan de fuerza y cólera
y de un aroma suave como espuma,



tal un leve recuerdo
que de pronto se hiciera un muro de dureza
o manantial de sombra.

Y en ti mi corazón no tiene forma
ni es un círculo en paz con su tristeza,
sino un pequeño fuego,
el grito que florece en medio de los labios
y torna a ser al fin
un sencillo reflejo de tu cuerpo,
el cristal que a tu imagen desafía,
el sueño que en tu sombra se aniquila.

Olas de luz tu voz, tu aliento y tu mirada
en la dolida playa de mi cuerpo;
olas que en mí desnúdanse como alas,
hechas rumor de espuma, oscuridad, aroma tierno,
cuando al sentirme junto a tu desnudo
se ilumina la forma de mi cuerpo.

Un mar de sombra eres, y entre tu sal oscura
hay un mundo de luz amanecido.

A TU VOZ

Erígese tu voz en mis sentidos
tornándose en mi cuerpo sueño helado,
y me miro entre espejos congelado,
y mis labios en sombra doloridos.

Cuando hablo, mi dolor a ti se vierte,
cálida flor de ceniciento aroma,
y tu voz a mis labios ya no asoma
sino en duro temor de viva muerte.

Porque tu sueño en mí su voz levanta,
y enemigo de luz y de sonido
destroza la palabra en mi garganta;

así al fin en tinieblas alojado,
ciego de ti, tal un árbol vencido
flota mi cuerpo entre tu voz ahogado.



EL PENSAMIENTO OLVIDADO

Pensar en tu mirada y en mi olvido
dejando el pensamiento dilatado
a través de tus ojos, anegado
de su mismo vivir con tu sentido;

después mirar tu olvido que en mí asoma
como una rosa que al espacio diera
leve prolongación y luego fuera
la propia luz que toca con su aroma,

es entregarme a ti sin más denuedo
que la lucha del cuerpo contra el viento,
y contigo soñando estar tan quedo

como náufrago mar o vano intento:
porque ya que pensarte en mí no puedo,
dejo olvidado en ti mi pensamiento.

DIALOGO CON UN RETRATO

Surges amarga, pensativa,
profunda tal un mar amurallado;
reposas como imagen hecha hielo
en el cristal que te aprisiona
y te adivino en duelo,
sostenida bajo un mortal cansancio
o bajo un sueño en sombra, congelada.
En vano te defiendes
cuando tus ojos alzas y me miras
a través de un desierto de ceniza,
porque en ti nada existe que delate
si por tu cuerpo corre luz
o un efluvio de rosas,
sino temor y sombra, la caída
de una ola transformada
en un simple rocío sobre el cuerpo.
Y es verdad: a pesar de ti desciendes
y no existe recuerdo que al mundo te devuelva,
ni quien escuche el lánguido sonar de tus latidos.
Eres como una imagen sin espejo
flotando prisionera de ti misma,
crecida en las tinieblas de una interminable noche,
y te deslíes en suspiros, en humedad y lágrimas
y en un soñar ternuras y silencio.

Sólo mi corazón te precipita
como el viento a la flor o a la mirada,
reduciéndote a voz aún no erigida,
disuelta entre la lengua y el deseo.
De allí has de brotar hecha ceniza,



hecha amargura y pensamiento,
creada nuevamente de tus ruinas,
de tu temor y espanto.
Y desde allí dirás que amor te crea,
que crece con terror de ejércitos luchando,
como un espejo donde el tiempo muere
convertido en estatua y en vacío.
Porque ¿quién eres tú sino la imagen
de todo lo que nutre mi silencio,
y mi temor de ser sólo una imagen?

MI AMANTE

Desnuda, mi funesta amante
de piel vencida y casta como deshabitada,
sacudes sobre el lecho voces
y ternuras contrarias a mis manos,
y un crepúsculo escucho entre tu cuerpo
cuando al caer en ti agonizo
en un nacer marchito, sin el duelo
comparable al temor de tu agonía.

Contigo transparento la caída
de un alud o huracán de rosas:
suspiros de manzanas en tumulto
diciéndome que el hombre está vencido,
confuso en amarguras y vacías miradas.
En ti respondo al mundo, y en tu cuerpo
respiro ese sabor de los sepulcros;
una noche no más, y tu mirada
persiste, implora y vence entre mis ojos,
decidida a una lucha prolongada
donde el recuerdo se convierte
en esa aérea languidez del pensamiento,
como materia de tus ojos mismos.

Lloras a veces arrojando
fúnebres aguas de perfume ciego,
como si desprendida de una antigua idea
vinieras hasta mí, tan clara
como un ángel dormido en el espacio,
a dejar evidencia, luz y vida;
y en tus lágrimas miro surgir tu suave piel
como si en ellas prolongaras
o hicieras más probable tu existencia,
derramando el aroma de tu sueño
sobre esta soledad de tu desnudo.



ENTRE MIS MANOS

Entre mis manos vives
en confusión de nacimiento y corazón herido,
como desvanecerse o contemplar
un alto simulacro de ruinas;
sobre mis dedos mueres,
materia pensativa que se abate
bajo el murmullo de mi tacto,
y eres tristeza en mí,
suave como la forma de la nieve,
como cerrar la puerta
o mirar la inocencia de una pluma.

Nacida para mi caricia,
con un perdón que olvida y un comienzo
de éxtasis y aromas,
me acerco hacia tu aliento,
tu oído con mis labios toco y digo
que nuestro amor es agonía,
que escuches mi temor y mi palabra de humo
y que yo, como tú, de noche oigo
cómo se pierde el pensamiento,
confuso entre mi carne y tu recuerdo.

Mas retiro mi rostro de tus ojos
porque ya no podré pensar una palabra
que no habite tu nombre,
y porque surges hasta del silencio
como enemiga que desdeña el arma
y de improviso nace entre las sombras,
cuando sin ti yo no sería
sino un olvido abandonado
entre las ruinas de mi pensamiento.



MUJER DESHABITADA

De rosa y canto saturada,
contra el origen de tu ser sublevas
un recuerdo de labios naufragando
y la temida enemistad
de presuroso y fugitivo aroma,
bajo el silencio idéntico
a tu inútil sosiego de virgen desolada.

Muda fueras al tiempo, pero sabes
dejarte abandonada y te sometes
como la flor al mar,
igual que entre los labios vuela el canto,
e insiste sobre el mundo tu fatiga,
la dura soledad de tus sentidos,
suma de amor y lágrimas que mi latir inundan
de este vano sentirte agonizando.

Opones sólo amor y te conserva
la esperanza invencible de mi cuerpo,
como si al derrumbarte
cuando cierras los ojos y en ti misma
soportas la caricia que en inmóvil te torna,
entonces navegaras a mí y te defendieras,
ya sin saber de ti,
deshabitada flor y canto destrozado,
rescatada del mundo
y hecha estatua abatida en un invierno.

A UNA ESTATUA

Cesa tu voz y muere
sobre tus labios mi alegría.
No habrá palabra que en tu piel levante
ni un incierto sabor de brisa oscurecida
como el recuerdo que en mis ojos deja
el paso de tu aliento,
porque vives inmersa en tu silencio,
impenetrable a mis sentidos
y si mis manos en tu piel se posan
inclinas la cabeza,
navegas en un tiempo que escucha tu latido,
y entre sus aguas, inundándote
bajo la tersa forma de su espejo,
estás abandonada,
próxima a ser violenta permanencia,
enemiga de olvidos,
casi perdida en íntima zozobra
y sin más voluntad
que la crueldad entre tus labios muda.

Torna tu cuerpo ahora, vuelve el rostro,
mírate así, segura y desplomada
hacia un estanque donde mora el miedo,
donde sólo hay imágenes
y el cuerpo deja su cautivo duelo
para entrar en la fuente de su origen.
Verás nacer el sueño de tu cuerpo
anegando en pureza toda vida,
todo impulso negado en puro movimiento
y toda forma sostenida en puro resplandor:



ya no será la flor sino su aroma,
ya no serás tú misma.

No importa entonces que de pronto mueras
y pierdas toda sombra
quedándote en escombros defendida,
si toda tú pereces,
náufraga de tu propio mar,
presa dentro de ti, vencida
como ángel que asolado por el fuego
lanzara su impotencia,
y sólo un desengaño
entre rocas de olvido y de tinieblas
dejan tus labios mudos
y la pureza inútil de tu cuerpo.

Muere, desnuda forma,
hielo que mata mi alegría,
crueldad vertida en mármol fatigado;
muere ya, y deja que contemple
la lucha de tu cuerpo con la sombra,
el debatir inútil de tus labios
contra el vacío olvido de tus ruinas,
que en ataúd o tumbas duermes
entre un querer o no de tus sentidos.



ESPEJO Y AGUA

Tu alma en mí dejó su fría imagen,
sólo recuerdo de lo que vivías,
y si al espejo miro y me reflejo
allí encuentro tus ojos, tu silencio de cera
con un reposo de apagado aliento,
como si descendiendo arenas
o un tropel de recuerdos
sobre mi piel, con sosegado paso
hacia el cristal cayeran.
¿No caen hojas como frases muertas,
y mis ojos en ti no fueron rosas
ahogadas en tu aroma?

Si al agua miras, mira
mi corazón ornado de sepulcros
bajo las olas que lo mueven,
crecido entre las ruinas de tu nombre,
entre perderse en muerte o florecer
como una eterna espera o el lamento
de un Adán impasible que soñaba
contigo y tu mentido Paraíso.
Porque al mirarte contra el agua, miras
mi pensamiento en tu alma suspendido.

EL SUEÑO DE ADAN

Ligera fue tu voz, mas tu palabra dura
con vuelo de paloma sin más peso
que su inmóvil cruzar el mar del viento;
y persistes como un sonido bajo el agua,
desde mi piel al aire levantada,
ligera como fuiste, como esa ala
que olvidada del mundo se recrea,
convertida en ausencia y en olvido.

Vivo de oírme el cuerpo y de entregarme al tiempo
como a un rumbo sin luz la adormecida rosa,
como asoma en el sueño y luego muere
el cielo que una tarde contemplamos,
y oigo la vida en mí, su aliento te recuerda
ingrávida, en latidos desprendida,
con un temblor de silenciosas aguas
de su propia amargura renaciendo.

Sufres conmigo cuando sólo miro
que el amor es un cuerpo de imágenes poblado,
y caricia se llama a tocar el recuerdo,
a sentir las tinieblas en las manos
y en un esfuerzo inútil oponerse
a ese tiempo que arrastra nuestro duelo
hasta inclinar los labios a la nieve
y tender en ceniza nuestros cuerpos.

Te siente el corazón como un aroma
que en un eco perdiera sus imágenes,
y me palpo la piel tocando en ella



la tersura del agua donde yaces,
y después quedo solo, enamorado
de esta voz que del cuerpo te desprende
tornada en pensamiento, y en palabras te crea,
nacida nuevamente de mi sueño.

LA FORMA DEL VACIO

Pienso que el sueño existe porque existo;
pero si contra el mundo cruzo rostros
y de ligeros vientos alzo vuelos,
túnicas que no han de vestir estatuas,
y con palabras que después desaparecen,
violadas de improviso,
evoco su mirada y sus palabras: "cielo", "vida"
que eran como un andar a oscuras,
tan tristes como yo y como mi alma,
como cuando la noche se derrumba
y viene hasta mis manos decaída,
pienso que existo porque el sueño existe.

Puedo encontrar las huellas que abandono:
la mujer que una vez amaba,
sus brazos, sus cansancios, su mirada
y su visible pensamiento,
olvidada columna en mi memoria,
y todo lo que puedo enumerar:
la tarde que a su lado había,
la noche de su voz y la desierta
despedida de entonces.

Pienso también: "La tierra es mi enemiga",
mas los seres que habitan su amargura
defienden mi existencia,
luchan con mi tristeza y cada día
presiento que he de hallar diversas tierras,
otras miradas, nuevas formas
hacia mi sueño transportadas,



hechas amor o cándidas caricias
como viajeras que en lo oscuro mueren
sin conocer la tierra donde yacen.

Encontraré también nuevas tristezas,
ojos que ya no miran, cadáveres vacíos
y otra vez el recuerdo de sus ojos,
el anhelar sediento que abandonaba en mí,
su muerta voz, su despedida.
Pero jamás conoceré mi propio sueño,
el alma que pretende defenderme,
mi corazón vacío, ni mi forma.

RETORNO

Donde estoy nada queda
y existir es vivir en tu recuerdo,
ver una luz atravesando
el rumor arrancado de un cádaver,
escuchar a pesar del miedo
la palabra de un niño que gemía
y tener en las manos un hálito, un temblor
y un profundo lamento ensombrecido.
Pensar en ti no es pensar
con alguien o con algo
sino hundirme en mí mismo y mi principio,
como llegando a un extremo donde fluyen
una tranquilidad de corazón roído,
una amargura de rencor oscuro,
un retornar al hombre desgarrado,
y recordar que el pensamiento muere
a través de ese tiempo que a ti te pertenece,
sin más impulso que tu desamparo,
como una prolongada enfermedad,
como sonido que flotara en un abismo.

Y todo vive inútilmente:
adonde miro allí me encuentro
en vano espejo de mi soledad,
con simulado rostro de Narciso
o humo que pretende conservarse;
hallo sólo tinieblas
y empiezo a caminar por dentro de mi cuerpo,
y aquí te palpo y me maldigo
porque vuelves a ser, pero en recuerdo.



Vivo ahora contigo y nada turba
la posesión del tiempo en que viviste,
y nada ha de cambiar mi pensamiento
cuando pensar en ti es contemplar
mi propia voz por sueños invadida
y dolerme de haber creído en mí
como en algo que existe fuera de todo tiempo,
de mí mismo nutrido,
seguro de mi voz.

Amarte hoy sería desertar,
huir del odio que por mí acreciento
bajo el latido de mi corazón;
fuera negar la luz que al rumor sobrevive,
o afirmar que la flor
no crecerá jamás en mis entrañas
con un sabor de imagen prolongada
a través de la carne,
sobre el silencio húmedo del túmulo
de esta mi soledad que resucita y me regresa
al desierto en que siempre había creído.



IMAGENES
DESTERRADAS



TIEMPO DESOLADO



A SOLAS

Cierro los ojos al jazmín y al nardo;
en densa oscuridad, ciego, dormido,
nada perturba el duelo que me abrasa,
el vano lamentarse del olvido.

Flor alada, el aroma de la noche
que a esta soledad tranquilo llega
transforma el viento en grave lentitud,
en aire suave que a mi cuerpo anega.

Escucho sólo el duro palpitar,
el latir impetuoso del oído,
ante el voraz saberme sobre el lecho
un desplome del tiempo, un gemido.

NARCISO HERIDO

En mí condenas tu belleza
y la inmóvil tersura de tu espejo,
como la rosa equidistante y fría
sin más aroma ya ni transparencia
niega de amor su traspasada orilla.
En mí se apaga el ávido soñar,
tu equilibrado vuelo sobre el mundo,
la señal evidente de una mano
que sumerge las cosas
bañándolas de inútil permanencia:
el aire que no vaga, los amores
dormidos para siempre en las pupilas de un cadáver,
la huella de mi pie sobre la arena.

A tientas vengo a mí, si me miraras
un viaje de ternura cercenada
y un viento de ceniza encontrarías,
pues en vano desciendo a tu tristeza
si el labio apenas se despoja y muere
en las orillas de tu nombre,
sobre una huella tuya perdida entre mi rostro,
ahora oscura imagen de tu desolación.

Se alzan mis ojos contra ti, y me encuentro
hijo de soledad, a semejanza
de un cuerpo que vagara en el olvido,
dueño de espacios mutilados
y pálidos recuerdos de azucenas.

En mí tu pensamiento se maldice,
tu pureza se vierte conmovida



a la violenta maldición que anega
sin otra salvación que mi pecado.
Te siento fiel a mí, hundido en mi albedrío,
tan semejante imagen de mi rostro
que en mí te niegas, tú, pues yo no existo.



EL NOMBRE DEL TIEMPO

Del mar sube el murmullo bárbaro,
símbolo delator de lo que acaba, huella
donde el misterio de la desaparición
es prestigio inicial del tiempo,
la blancura desierta de lo ausente,
delfín hacia dolida tempestad.

Al aire asciende el Nombre hombre,
aquel que nada niega, y el presagio
de un agua que no es agua sino amor,
la lágrima infinita de la hermosura ilímite;
porque Tú que nombraste el ser
de todo sér adviertes la agonía
de esa mano amorosa y aromada
que acaricia los rostros y los unge:
tu purulento resplandor,
relámpago caído entre los hombres de buena voluntad,
hijo y dueño perenne de nuestro mar morado.

Sólo Tú sabes de las olas de los aires de la nada;
si el viento ha de caer eternamente
convertido en esquirlas y áridos sudores;
si habrá de disfrutar la brisa o alma
ahora nuestra, al corazón vertida
al cuerpo en llamarada al pie en la arena,
floreciente en la fe de tu palabra
y con la voz por ella circundada.

PUREZA EN EL TIEMPO

Rosa desvanecida sobre el túmulo,
al germinar del tiempo derrumbada
en una tumultuosa transparencia.
Veo la gloria en ella, pues los días
hijos son del espacio donde mueren
como el eco infinito de mis ojos.

Levanto el rostro, miro los naufragios
y mis hermanos muertos en olvido
bajo la tierra, mares de tinieblas
presintiendo la imagen de la rosa.

Mas sobre el polvo viajan como nubes,
vientos urdidos en un dulce engaño,
incesantes afines a la música
nacida de sus manos temerosas.

Ignoran su destino, balbucean
palabras del amor y así se salvan,
son humo adormecido sobre lirios,
apariencia tornada movimiento.

Bajo la noche larga de sus ojos,
ninguno sabe si camina al cielo.

No habrá milagro o salvación posible.
El párpado, silencio amortajado
con el lamento de un deshecho mundo,
se abandona a soñar inúltimente
y en sí mismo extravía su tristeza,
dueño ya de una amarga certidumbre.



Si nada me consuela, a solas oigo
la premura de ser flor la mirada
y el corazón desdicha. Porque nadie
buscando la pureza ha sonreído.



VIAJE EN EL TIEMPO

Más crueles que el amor, el tiempo y el olvido:
inmóviles viajeros, dueños de los espacios
y amantes de los rostros muertos en la ceniza,
cubren de ausencia el mundo y sus continuas lágrimas.

Larga fue la esperanza, la tarde y el deshielo
de cristales ardidos detrás de la ventana;
perduraba la vieja fotografía, siempre
eufórica de sombra y de grises recuerdos,
cuando el amor sabía a oliente eternidad.

Más permanencia, más aroma contenido
y tacto que en sí mismo guarda su testimonio
fueron los besos fúnebres de la amante lejana;
todo era persistencia, engaño y agonía
hechos de polvo férvido, de virgen consunción.

Olas que sobre el viento la muchacha abandona
y mundo que en sus ojos salva su doncellez,
ruina se tornan luego, descanso mutilado
por el viaje sin límites y el inviolable incendio
de imágenes que caen desiertas en la arena.

La mirada, el amor, los árboles y el vicio,
los besos, las estrellas, el ángel de la guarda,
víctimas bajo un puente de horror y de silencio,
corren de llama en llama, juegan con los adioses
y al fin lavan sus cuerpos en sepulcros tranquilos.

Las mujeres perdidas luchan a nuestro lado,



en vano se defienden de aquello que no existe:
la fatiga del hombre dormirá entre sus senos
y sombra habrá de ser, cuando la tierra sienta
las olas submarinas de sus ojos inútiles.

Sobre el tiempo navegan el mundo y el olvido.



RECUERDA...

> Todo va a un lugar: todo es hecho del polvo,
> y todo se tornará en el mismo polvo.
>
> Eclesiastés, III, 20

Vuelca su fiel aroma sobre el vaso,
lluvia de sueño o suavidad de forma,
y dentro, en el desnudo, se conforma
la lentitud aciaga de su paso.

Más fino que la luz. Como la nieve
límite de paloma, se convierte
en un silencio que rocío vierte
al velo del cadáver que lo mueve.

Así se hunde en agua congelada
ahogándose en los mares del olvido,
e idéntico al cristal, voz deformada

o mudo espejo del aliento herido,
clama en su transparencia: "El sér es nada",
mas el sér es el polvo adormecido.



TIEMPO PERDIDO

AMOR ENTRE RUINAS

> ...Je gouterai le fard pleuré par tes paupieres,
> pour voir s'il sait donner au coeur que tu frappas l'insensibilité de l'azur et des pierres.
>
> *Stephane Mallarmé*

1

Como un incendio al aire desatado
o una flor suspensa sobre el agua,
en lenta consunción
nuestros desnudos abren el cauce del deseo
desbordándose en alas y gemidos de silencioso aroma;
encienden sobre el tacto un suave mar que inunda
con sus trémulas olas palpitando
a través de la piel, acumuladas
bajo el húmedo aliento de los labios
y este duro anegarse en humo o en temblor
surgido desde el sueño, como eterna marea que consume
el herido temor donde flotamos.
Cerca mi cuerpo al tuyo dolorido,
cíngulo ardiente que a tu carne ciñe
volcándola hacia el vuelo de mi mano
al tacto deslizada,
ola, caricia o llama
sobre el silencio de tu piel,
en esta soledad de nuestro lecho.

Pero entre el fuego al fin la carne es mar herido,
es caracol devuelto hacia la playa,
luz temblorosa que no asoma
su densa claridad sobre el abismo,
y como pluma, sólo ofrece bajo el aire



la impalpable tersura de su sombra,
sin ser ya más incendio o pétalo, sueño o cauce
sino la roca misma y su dureza,
un lento ver la arena creciendo sobre el cuerpo
hasta sentir que la violencia es sólo yeso destrozado
en la inmovilidad yacente del silencio.

2

Sube la espuma, hacia el aliento asciende
nacida de este sueño que en alas se desata,
hiriente, desolada, afirmando en los labios
su duro incendio congelado
y su lento sabor a mar que nos satura
con un turbado anhelo,
dejándonos tan solos con la noche,
tan íntimos en ella que su apagada imagen somos,
ya olvidado su ardor entre la niebla,
cuando ella se desploma espesa,
tal una ola funesta que rozara
con sus labios la huella de la rosa,
ahí donde los muslos trémulos, anhelantes
sueñan con el azogue más ciervo del espejo
y la huida del agua arrastrando una sombra.

Como vino de túmulo o un sabor precipitado en alas,
te siento diluida entre los labios;
en la playa del cuerpo yergues tu aliento mudo;
sobre mis dedos corres;
creces en mis cabellos, vivos tallos
que en ti murmuran una canción de brisa derrumbada,



y el tiempo se detiene en su carrera,
convertido en el témpano que al agua inmoviliza,
como largo silencio o paloma sin alas,
cuando tal una imperceptible ráfaga,
la más pequeña arena perdida entre las olas,
deslizada en tus venas
dejo la imagen de mi amor, cautiva
dentro, bajo el correr de tu desnudo.

Mas cuando sólo la caricia nos embriaga
te ciñes al cristal, vives la clara vida
de este limpio sonido que en mis oídos yace;
desnuda y silenciosa caes
con lentitud de aroma en la penumbra,
hecha rumor del tacto
bajo la sábana que como lluvia
transformada en rocío desciende sobre el pétalo
y nos erige, diáfanos,
ya para siempre espuma, aliento derrotado,
más rescoldo que cauce o alarido,
más ceniza que humo,
más sombra, más desnudos.

3

¿Desde cuándo, en qué espacio de silencio
miras, maduras, mueres?
¿En qué oído reposa el eco,
la forma de tu voz quebrada bajo el labio?
¿Dónde extraviaste el impalpable vaho



que de pronto rompía los silencios?
¿Bajo cuál aire nace el tacto, esa lenta agua
que en su humedad delata la presencia invisible de la
llama,
la huella mortecina de tu cuerpo?

Muere el deseo, mas el sueño en tu desnudo vive
invadiendo tu aliento con su niebla,
y es la profunda música oída entre tu rostro
o aflorando a la piel que te contiene.
Porque tu voz al fin fue derribada
bajo esta florecida calidez de mi aliento,
deslizándose agónica, marchita
bajo el silencio espeso de la almohada.

Lánguida espuma,
muda penumbra convertida en sombra,
espesura tronchada cuando destrozas el cristal y mueres
y eres el inoído pulso hermano,
el paralelo aroma que se apaga
o la herida que duele sin sentirse,
tal el invierno de una flor antigua
que no cediera forma ni color;
cuando sabes a mar, ya congelada,
a íntimo sepulcro,
a lágrima rodando por el mármol
delatándolo todo con su paso,
y no miro a tus ojos
por temor de encontrarme asesinado.

4

Escucho más allá del lecho tu agonizante aliento,
tan leve como un hielo olvidado en el frío,
opaco más aún que las pupilas náufragas
de quien advierte su descenso
hacia las aguas de la noche
y en la sombra palpita adormecido.

Eres la niña que rompió el espejo
destruyendo la imagen de mi aliento;
mujer desnuda y recostada en nieve,
semejante al retoño,
al corazón que ahonda en la ceniza
buscando vanamente su destrozada sistole.

Más allá del espacio de tu cuerpo,
de la inmovilidad que a tu desnudo oprime,
como un incendio en ruinas
a través de la lluvia contemplado,
tal un abierto cielo sin ángeles ni plumas,
sin ecos que respondan,
estás como la brisa,
tímida alondra de las alas rotas;
clara, inmóvil, desvanecida,
mirando el angustiado movimiento,
el temblor sollozante de mis brazos;
viendo cómo amanezco
inmerso en la humedad nacida de tu piel,
con el tacto apagado
entre el aroma espeso que nos ciñe,
nadando entre el desnudo y el descenso
bajo espumas de fuego,

en tanto un sueño grave, un miedo
que se adhiere a los cuerpos y a los labios
navega entre mis manos

5

Ven a morar en mí, acércate a mi duelo
bajo mis brazos fatigados
y el callado rumor que nos desciñe;
vuelca tu aliento estremecido,
el dolido perfume de tu cuerpo,
desnuda, sola rosa aérea,
flor que en la sábana deshiela
mas no se rompe y sí naufraga
en la isla frutal de nuestro lecho.

Amortajado río,
cómo deslizas y en penumbra duermes
dejando transparente el cuerpo
para después morir en las tinieblas;
cómo solloza por tu piel el sueño
hasta dejar en ti la roca,
el mar, la brisa, el pétalo de aroma disecado.

Oscura estás, oscura
mujer tendida sobre el lecho, perdida entre tus olas
mientras descansa, agónico y destruido,
el aliento lucero que incendiaba los aires
abriendo entre la noche un gran árbol de luz.
Ahora tu desnudo yerto está,
amortiguado bajo su agonía,



quieto como la noche y la tristeza de mis labios,
y tus brazos al fin cedidos,
derrumbados bajo mi cuerpo,
me dejan a tu orilla, solo
con soledad de pluma y abandono o río subterráneo.

Vivo bajo la piel
y soy la sombra sólida que contra el sueño lucha:
respiro inconsolado reposando
en tus labios los míos temblorosos,
agonizante entre tus manos
como náufrago o ala sin espacio,
dejando inmóvil mi desnudo
tal un sonido amargo de sílabas deshechas,
y soy un balbuceo,
un aroma caído entre tus piernas rocas:
soy un eco.



ELEGIA DEL MARINO

Los cuerpos se recuerdan en el tuyo:
su delicia, su amor o sufrimiento.
Si noche fuera amar, ya tu mirada
en incesante oscuridad me anega.
Pasan las sombras, voces que a mi oído
dijeron lo que ahora resucitas,
y en tus labios los nombres nuevamente
vuelven a ser memoria de otros nombres.
El otoño, la rosa y las violetas
nacen de ti, movidos por un viento
cuyo origen viniera de otros labios
aún entre los míos.
Un aire triste arrastra las imágenes
que de tu cuerpo surgen
como hálito de una sepultura:
mármol y resplandor casi desiertos,
olvidada su danza entre la noche.
Mas el tiempo disipa nuestras sombras,
y habré de ser el hombre sin retorno,
amante de un cadáver en la memoria vivo.
Entonces te hallaré de nuevo en otros cuerpos.

POEMA DONDE AMOR DICE

Eres el tallo que los ojos hiere
murmurando una luz anochecida;
eres aliento encadenado al fuego,
paloma navegando en la mirada
con inocencia de disuelto aroma.

Eres perfume espeso, flor vencida,
caricia de un aroma enamorado;
eres espacio donde se origina
un oscuro gemido prisionero
como latido de ala en el rocío.

Eres lenta penumbra que los labios
cruza en silencio; apenas leve huella
de un sabor a la sombra derramado;
espuma prisionera en su cristal,
hecha sonido, luz, aroma y pluma.

Eres tal un murmullo transparente
en temblorosa vibración vertido;
eres flor de aire que navega incierta
como sonoro viaje hacia el oído
o aleteo herido de azucena.

Eres aroma preso entre mis manos
hasta decir caricia fugitiva:
una huida paloma sobre el cuerpo,
al contacto del mío temblorosa,
bajo el cálido vuelo de mi tacto.



Mas cruzas como un sueño desnudado,
fugaz como el correr del agua pura;
sueño que se desborda de su forma,
última espuma que en tu piel murmura
la postrera fatiga del deseo.

Sólo un aroma erige la blancura
o aurora de tu voz acariciada,
así de alba es la antigua ola
que urdida en sal y caracol asciende
y después en afán queda anegada.

Así también mis labios en silencio
reciben el murmullo de tu piel,
al oír a las alas de tus poros
convertirse en alientos y gemidos
y en un suave sudor de flor tranquila.

Entonces ya no labios, sino oídos
ardientes para asirte y contemplarte
como a estatua bañada por la música
de una tristeza o ángel deslizado
que mordiera tu imagen silenciosa.

Porque el tacto ilumina tu desnudo
que a su trémulo encuentro se ha mudado
en sal, paloma, vuelo, rosa y llama,
y oye cómo por tu piel florece
y madura la sombra de la muerte.

DESTRUCCION DE LOS SENTIDOS

I

Iníciase el silencio de tus ojos,
naciente soledad bajo mi aliento;
es cíngulo mortal que sobre el cuerpo
desciñe tus gemidos de abandono.

Es como mar sitiado por la cólera
este duro silencio, luz que hiere
ahogándome en un sueño donde crece
el más tenaz dolor que me devora.

No existe sino duelo, oscuridad:
una indeleble noche que se inicia
desde el voraz silencio de tus párpados.

Ojos y oídos mueren: el mirar
y el oír con violencia me deslizan
sin sonido ni luz entre tus brazos.

II

Vivo en tus brazos como un sueño solo,
y soy la ola erguida nuevamente
que de la espuma hacia la playa asciende
y cae destrozada entre tus ojos.



Como la luz que arrancas de mis párpados,
ceniza de tinieblas y de abismo;
como el ciego latir de mis oídos,
ya recuerdo de aire sobre mármol,

volveré a ser el destrozado beso
ávido de anegarse entre tus labios,
y sentiré de nuevo sobre el cuerpo

el oscuro silencio de tu pelo,
el delgado murmullo de tus manos
y la tristeza última del sueño.



ELEGIA DE LA IMAGEN

Diré que te perdía sin saberlo.
Era mi corazón el signo de tu mano,
la mirada destruida cuando cierras los ojos,
el temeroso eco de la palabra última
navegando entre lágrimas.

Me adormecía fúnebre caricia
al respirar tu piel como una larga ausencia,
y en mi desesperanza oía
esa respiración que te arrastraba,
indefensa, a las aguas del silencio.

Ahora pienso en tu infinita
ternura, como limpia canción de madrugada,
en la brisa caída de tu cuerpo
y en aquellos gemidos que me dejaban solo
a tu lado, como un presentimiento,
viajero yo también de tu melancolía.

Al espacio pregunto, al aire escucho,
y hallo sólo la voz de tu lamento
en un lenguaje aciago fluyendo hacia mi oído.
Pero aunque seas lánguida ceniza
o la eterna viajera fugitiva,
permanezco diciendo: "Imagen mía,
perdida por los siglos de los siglos."

EL SECRETO

Permanece el secreto. De sus labios
ni el más leve sonido se levanta,
inviolables así bajo la noche,
sitiados de lamentos que olvidamos
si salían de alguna voz o eran
una infinita ausencia, como virgen
vagando sobre tumbas, confundida
entre el salobre aire del misterio.

Pregunto al rostro que tinieblas vence,
adivinando si en la superficie
muere un viaje iniciado desde el alma
o el sosegado pulso de las horas,
y veo que su curso descendía
la ruina aureolada del sollozo
y una dolida juventud de niña
ya para siempre imagen de silencio.

Desdicha interrogar si en su abandono
habría de posarse mi palabra,
como el viento viajero hacia la rosa
de su caricia misma agonizando,
y sólo conocer que aquellos ojos
no miran otra imagen que la suya
y los labios callados permanecen
ignorantes guardianes de un secreto.



AL AIRE DE TU VUELO

En la inmovilidad del aire avanza
la palidez de tu mirada, y dejas
caer un vuelo de tus ojos
a la tranquilidad de quien te mira,
con una transparencia de corazón vencido.
Nada dibuja sobre el aire nada,
porque ya todo duerme entre tu rostro;
el mundo se ha quedado como una niña quieta
y el aire te acaricia, es viento o agua tímida
que si a tus ojos llega tórnase en azul,
y bajo olvidos de su forma duerme
con un temor de mármol silencioso,
abandona sus alas sobre ti
para flotar después contigo:
contaminado y ángel, vuelve a ser tan inmóvil
como esperanza o agua no bebida.

Era quietud y hoy es cadáver,
es una somnolencia que a sí misma se cruza,
una nube sin término que, extraviando su nombre,
ahora es sólo aire: tu mirada.

OJOS QUE TE VIERON

¿Dónde poner la vista? Si levanto
el rostro, la mirada te apresura;
suspendida persistes en la impura
diafanidad salobre de mi llanto.

Si naufraga mi voz, el labio inicia
tu nombre sin cesar, y ahí germina
pues no soy sino sueño, lirio, ruina,
designio de tu lánguida caricia.

Desmayas en mis brazos y agoniza
tu casto amor de corazón en celo,
y lágrima y palabra son ceniza

cuando a tus ojos miro, porque un velo
de sombra a mí desciende y eterniza
la aspiración amarga de mi duelo.

INOLVIDABLE

Decir amor es recordar tu nombre,
el ruiseñor que habita tu mirada,
ir hacia a ti a través de lo que fuiste
y cruzar el espacio suavemente
buscándote cristal, desnuda forma
caída del recuerdo, o sólo nube.
Si lloro, el aire se humedece y vuela
con languidez, en lágrimas bañado,
y de mis ojos naces libre sueño
sin más navegación, inolvidable,
grácil estatua de melancolía.

Solo, como una ráfaga o ceniza,
miro aún el candor de tu cabello,
la amorosa violencia de tus ojos
hoy ya distancia, caracol cerrado
a mi rumor de corazón herido,
casi naufragio, tenebral y duelo.
En vano lejanías, o la muerte
del tiempo entre tu cuerpo agonizando,
porque en música pura estoy rendido
cuando al sentir conmigo tu tristeza
sobre mis labios mueres, amor mío.

ELEGIA DEL REGRESO

Era infinita, impura en su delicia
lo noche que dejaste sobre mi alma;
ni más amor, ni límites la herían,
llena de tu silencio y mi amargura.

Análoga a la ausencia descendía
como niebla o palabra que se olvida,
amoroso huracán donde anegaba
idéntica la forma de tu sueño.

Melancolía y esperanza luego
iban de azul a lila y a morado;
a su propio despeño se entregaban,
viajeras de mi inútil pensamiento.

Así callando descendí al deseo
de persistir amigo de tu nombre,
confiado a mis tinieblas, al ensueño
que tu secreto trémulo arrastraba.

Y en una soledad que aún me duele
dejé caer tu imagen, y yo era
la sombra de tu olvido, el despertar
sin mí a un vano mundo desolado.

Ahora que laureles imposibles
como llorar a mi sepulcro caen,
vuelves humana y yo te reconozco
eterna espuma en lágrimas suspensa.



Y vuelvo a navegar la inmensa noche,
la sombra dilatada que mecía
de ti sólo recuerdo de recuerdos,
y de mí la ceniza de tu sueño.

Pero al mirarte ya dentro del alma,
íntima de mi aliento, el corazón
halla reposo en ti, pues nuestra noche
es infinita y pura en su delicia.

LA TRANSFIGURACION

Fuiste en mi olvido solitario prado,
árido respirar un aire muerto,
y el ámbito de mi alma fue desierto
laurel a tu prisión acostumbrado.

En soledad escucho tus latidos;
si miro al aire mármoles consiento,
y el lánguido delfín del pensamiento
turbio renace, impuro en mis sentidos.

Nada podré expresar sin compañía
pues mi voz dura el eco de un lamento;
de ráfaga a paloma incendiaria

si perdurara el desfallecimiento
caído entre mi duelo, porque habría
de sentir que tu amor es lo que siento.

SOMBRIA IMAGEN

Como el fúnebre aire desciende por las noches
sobre los árboles, irrumpes fiel,
devastadora y ciega;
pueblas así de nubes y de dolientes rosas
la soledad ardida del deseo
y esa callada tierra de mis ojos mirando la quietud,
lívida arena donde el pensamiento yace sosegado.

Aún levantas tempestad y lágrimas
del desierto que habito, de la ira
secreta que me invade las sienes indefensas,
del muro donde inclino la frente a sollozar
por esos labios que eran como espigas
y por tu pelo, bálsamo y naufragio.

Porque si acaso te recuerdo, llueven
laureles fenecidos sobre el pecho y se deslizan
a través de humaredas y de heridas,
bañándose en melancolía y en los nardos
que entre mis dientes huelen a exterminio.

Pero nada sin ti, ni el indolente aire,
cruza el espacio sin tu permanencia:
relámpago si hiere la higuera de mi sombra,
original olivo si desciende
hasta la faz morada de mi remordimiento.

Sin ti, la inmóvil visión de aquello que mis manos
llamaron desnudez o castos alaridos
y mi alma confundía con el virgen nacer de la hermosura,



eso que hoy yo nombro mi varonil tristeza,
viene hacia mí y recuerda
la sábana que apenas te cubría, insepulta
y nítida durmiente de olvidos inundada.

Si supieras, perdida compañera de mi aliento:
eres análoga a la movible imagen de un sollozo
surgido de las ruinas y ceniza de mi ternura rota,
y estarás siempre rodeada de lágrimas y sombra.

EN EL DESIERTO

Labio clamando al viento mi pecado;
su ráfaga en sí misma se calcina,
y su fiel llamarada me ilumina
al pronunciar tu nombre desolado.

Oído para oír, del mundo, sombras;
secreto recordar si los jazmines
desbordan ruidos, túmulos afines
a tu incendiada unción cuando los nombras.

Mano que se divaga en ansiedades
ajenas al amor y a la hermosura;
soledades del tacto, soledades

que en hermandad de labios y de oídos
van a erigir, con toda su amargura,
la tempestad sin fin de los olvidos.



PALABRAS QUE NACEN DEL VACIO

No volveré a escuchar su voz y no la sentiré
jamás como a mi piel. Mi corazón
se incendia a solas cuando advierte
que allá donde simula paraísos
es ella una evadida, la caricia
negada a medianoche, y en mi alma refleja
la desesperación de quien en torno mira
un horizonte fatigado
por espesas tormentas de ternura.

Pero esta mano que su pelo tuvo entonces
mientras mi aliento hacía su aliento anochecer;
y el pañuelo verónico a su rostro,
guardián celoso de su imagen húmeda
si por las calles íbamos, solos en la ciudad;
y sobre todo aquel tumulto que su palabra era,
bajo mi lengua detenido eternamente, pálido
invasor de los símbolos, música ardida
que equilibra la flor del pensamiento,
en ráfagas de sombra hoy viven,
en muda calma claman su soledad vencida,
como ahogados fantasmas levantan su desvelo
sobre el misterio de la tierra, abandonándose
al recuerdo anegado con su ausencia.

LAUREL CAIDO

Habría de saber, por ti, que nada había.
De tu recuerdo dura sólo inquietud, lamento
sostenido en un infinito eco interminable,
y soy la soledad del náufrago jazmín
que en el viento prolonga su propia destrucción,
conciencia amarga o duelo por quien herido yace
sobre una arena inútil muerta sobre sí misma.

Iba quedando solo, huérfano de unos ojos
donde yo me veía equilibrado círculo,
para siempre hoy perdido Ulises de mi cuerpo,
mareado viajero que a las olas se olvida
mirando entre sombra la sal de su desdicha.

Contigo descubría nuevamente la tierra
y el agrio aire suyo y las flores dormidas;
supe de aromas fúnebres, de almas desoladas
y de pronto en mi rostro la muerte se movía.

Yo dije una palabra y en ella navegaste:
era tu nombre escaso, la breve transparencia
tornada resplandor bajo mi pensamiento;
después miré a tus ojos y los miraba áridos,
ribera del reposo donde tranquila oleaba
la armonía del tiempo, inconteniblemente.

Mas de nuevo las rosas languidecieron, pronto
dejaron el urdido afán que las anima,
cuando lento en tus labios íbase desmayando
el "adiós" que me habría de recobrar un mundo:



mi playa, la perdida, la solitaria arena
habitada de lágrimas, y el asolado sueño
donde tu ausencia crea la forma de la nada.



PALABRAS EN REPOSO



A María de Lourdes



BUSQUEDA PRECARIA

EL ORBE DE LA DANZA

Mueve los aires, torna en fuego
su propia mansedumbre: el frío
va al asombro y el resplandor
a música es llevado. Nadie
respira, nadie piensa y sólo
el ondear de las miradas
luce como una cabellera.
En la sala solloza el mármol
su orden recobrado, gime
el río de ceniza y cubre
rostros y trajes y humedad.

Cuerpo de acontecer o cima
en movimiento, su epitafio
impera en la penumbra y deja
desplomes, olas que no turban.
Muertas de oprobio, en el espacio
dormitan las familias, tristes
como el tahur aprisionado,
y añora la mujer adúltera
la caridad de ajena sábana.
Bajo la luz, la bailarina
sueña con desaparecer.

RESPONSO DEL PEREGRINO

I

Yo, pecador, a orillas de tus ojos
miro nacer la tempestad.

Sumiso dardo, voz en la espesura,
incrédulo desciendo al manantial de gracia;
en tu solar olvida el corazón
su falso testimonio, la serpiente
de luz y aciago fallecer, relámpago vencido
en la límpida zona de laúdes
que a mi maldad despliega tu ternura.

Elegida entre todas las mujeres,
al ángelus te anuncias pastora de esplendores
y la alondra de Heráclito se agosta
cuando a tu piel acerca su denuedo.

Oh, cítara del alma, armónica al pesar,
del luto hermana: aíslas en tu efigie
el vértigo camino de Damasco
y sobre el aire dejas la orla del perdón,
como si ungida de piedad sintieras
el aura de mi paso desolado.

María te designo, paloma que insinúa
páramos amorosos y esperanzas,
reina de erguidas arpas y de soberbios nardos;
te miro y el silencio atónito presiente
pudor y languidez, la corona de mirto



llevada a la ribera donde mis pies reposan.
donde te nombro y en la voz flameas
como viento imprevisto que incendiara
la melodía de tu nombre y fuese,
sílaba a sílaba, erigiendo en olas
el muro de mi salvación.

Hablo y en la palabra permaneces.
No turbo, si te invoco,
el tranquilo fluir de tu mirada;
bajo la insomne nave tornas el cuerpo emblema
del ser incomparable, la obediencia fugaz
al eco de tu infancia milagrosa,
cuando, juntas las manos sobre el pecho,
limpia de infamia y destrucción
de ti ascendía al mundo la imagen del laurel.

Petrificada estrella, temerosa
frente a la virgen tempestad.

II

Aunque a cuchillo caigan nuestros hijos
e impávida del rostro airado baje a ellos
la furia del escarnio; aunque la ira
en signo de expiación señale el fiel de la balanza
y encima de su voz suspenda
el filo de la espada incandescente,
prolonga de tu barro mi linaje
—contrita descendencia secuestrada

en la fúnebre Pathmos, isla mía—
mientras mi lengua en su aflicción te nombra
la primogénita del alma.

Ofensa y bienestar serán la compañía
de nuestro persistir sentados a la mesa,
plática y plática en los labios niños.
Mas un día el murmullo cederá
al arcángel que todo inmoviliza;
un hálito de sueño llenará las alcobas
y cerca del café la espumeante sábana
dirá con su oleaje: "Aquí reposa
en paz quien bien moría."

(Bajo la inerme noche, nada
dominará el turbio fragor
de las beatas, como acordes:
"Ruega por él, ruega por él. . .")

En ti mis ojos dejarán su mundo,
a tu llorar confiados:
llamas, ceniza, música y un mar embravecido
al fin recobrarán su aureola,
y con tu mano arrojarás la tierra,
polvo eres triunfal sobre el despojo ciego,
júbilo ni penumbra, mudo frente al amor.

Oleo en los labios, llevarás mi angustia
como a Edipo su báculo filial lo conducía
por la invencible noche;
hermosa cruzarás mi derrotado himno
y no podré invocarte, no podré
ni contemplar el duelo de tu rostro,
purísima y transida, arca, paloma, lápida y laurel.

Regresarás a casa y, si alguien te pregunta,
nada responderás: sólo tus ojos
reflejarán la tempestad.

III

Ruega por mí y mi impía estirpe, ruega
a la hora solemne de la hora
el día de estupor en Josafat,
cuando el juicio de Dios levante su dominio
sobre el gélido valle y lo ilumine
de soledad y mármoles aullantes.

Tiempo de recordar las noches y los días,
la distensión del alma: todo petrificado
en su orfandad, cordero fidelísimo
e inmóvil en su cima, transcurriendo
por un inerte imperio de sollozos,
lejos de vanidad de vanidades.

Acaso entonces alce la nostalgia
horror y olvidos, porque acaso
el reino de la dicha sólo sea
tocar, oír, oler, gustar y ver
el despeño de la esperanza.

Sola, comprenderás mi fe desvanecida,
el pavor de mirar siempre el vacío
y gemirás amarga cuando sientas que eres
cristiana sepultura de mi desolación.

Fiesta de Pascua, en el desierto inmenso
añorarás la tempestad.

LOS OJOS VERDES

Solemnidad de tigre incierto, ahí en sus ojos
vaga la tentación y un náufrago
se duerme sobre jades pretéritos que aguardan
el día inesperado del asombro
en épocas holladas por las caballerías.

Ira del rostro, la violencia
es río que despeña en la quietud el valle,
azoro donde el tiempo se abandona
a una corriente análoga a lo inmóvil, bañada
en el reposo al repetir
la misma frase desde la sílaba primera.

Sólo el sonar bajo del agua insiste
con incesante brío, y el huracán acampa
en la demora, desterrado
que a la distancia deja un mundo de fatiga.

Si acaso comprendiéramos, epílogo
sería el pensamiento o música profana,
acorde que interrumpe ocios
como la uva aloja en vértigo el color
y la penumbra alienta a la mirada.

Vayamos con unción a la taberna donde
aroma el humo que precede,
bajemos al prostíbulo a olvidar esperando:
porque al fin contemplamos la belleza.

IMAGEN DE UNA VOZ

Una imagen, no más: como un despojo
que nada fuera ya de la corriente,
la oscuridad de aquella voz invade
el oleaje tranquilo de la noche.
Húmedo invierno vierte su sonido;
su palabra flotando en vana sombra
a solas desfallece, pero sabe
que de esas manos sobre el aire mudas
resta sólo la ahogada soledad
de una Ofelia en su sueño consumida.

Yo pienso, luego nace un muro frío
lejano de esplendores, del murmullo
que arroja alguna flor entre las manos
y aun del ruido salobre de mis párpados.
Vencible fuera al viento su mirada,
más el mar diera aromas, menos fuego
la incendiada palabra "amor" haría,
si el impasible espacio de mi rostro
hubiera transformado el turbio aire
de quien, si dice adiós, amor olvida.

Inútil tempestad de aquellas noches
desterradas de mí como el deseo,
cuando un cuerpo abatido desbordaba
de funerales y de luz el mundo.
Ahora son imagen solamente,
como canción sin ruiseñor ni oído,
corrientes silenciosas que humedecen
la desolada tierra de mi carne,



donde la libertad del hombre es sombra
y los muertos entierran a sus muertos.



PALABRAS DEL AMANTE

Persisten implacables
sílabas, frases: sólo palabras
al asombro del mar dichas en tiempo aciago,
cuando los aires eran arena,
o en hoteles vacíos de sucios corredores,
mientras se oían gallos lejanos
y en aliento calmaba la arcilla su delirio.

Del húmedo mirar
nada recuerdo, porque el amante
en orfandad consume despojos de sí mismo,
cubre de polvo ávidas áreas
de hermosas dilaciones, y corrompida furia
arde celosa junto al leopardo
del alma que en desdén amores desafía.

PROSA DEL SOLITARIO

Tras el último sorbo a su café, se levantaba
en súbita marea o párpado
y un "Deséame suerte" precedía
su cotidiano ir hacia la calle.
Al despedirse, el paso amarillento
y el desvaído oler de su perfume
el aire removían, agitaban el humo
como ardiente mirada que perturba.
Después la habitación al orden sucumbía.

Yo miraba la oculta mudez de las alcobas
noche a noche habitadas,
sus oceánicos lechos oscilantes
al gozo de aquel cuerpo de vana arquitectura.
El oído sabía el germen de su luto
al presentir las frases masculinas,
murallas de fulgor y cementerio
irónico que simultáneamente,
mientras yo recorría la longitud del cuarto,
sobre el deleite echaban halos de pedernal,
aire podrido, máscaras humedecidas por el crimen.

La espera hacía recordar vigilias
y escenas polvorientas que encendieron
de pálida vejez
nuestro invisible amor avergonzado.
Del reposo ascendía oscura compasión
para atenuar conversaciones casi conyugales,
hacer propósitos de enmienda
y negarse a pedir auxilio frente a muebles
como tristeza o musgo y ceniceros ávidos.



En óleo del insulto la lengua se tornaba,
era manzana al fermentar, pisoteado
establo y voz que atravesó
por un atardecer como salón vacío.
Sólo un nublar de espadas, un afán
de indolencia y un dormir a la sombra del muro
sin esperanza daban al corazón el testimonio
de latir en la orilla del pecado.
Todo mi ser entonces perdonaba
el "Deséame suerte" en sus tranquilos labios
aún manchados por el sorbo último.

MONOLOGO DEL VIUDO

Abro la puerta, vuelvo a la misericordia
de mi casa donde el rumor defiende
la penumbra y el hijo que no fue
sabe a naufragio, a ola o fervoroso lienzo
que en ácidos estíos
el rostro desvanece. Arcaico reposar
de dioses muertos llena las estancias,
y bajo el aire aspira la conciencia
la ráfaga que ayer mi frente aún buscaba
en el descenso turbio.

No podría nombrar sábanas, cirios, humo
ni la humildad y compasión y calma
a orillas de la tarde, no podría
decir "sus manos", "mi tristeza", "nuestra tierra"
porque todo en su nombre
de heridas se ilumina. Como señal de espuma
o epitafio, cortinas, lecho, alfombras
y destrucción hacia el desdén transcurren,
mientras vence la cal que a su desnudo niega
la sombra del espacio.

Ahora empieza el tiempo, el agrio sonreír
del huésped que en insomnio, al desvelar
su ira, canta en la ciudad impura
el calcinado són y al labio purifican
fuegos de incertidumbre
que fluyen sin respuesta. Astro o delfín, allá
bajo la onda el pie desaparece,
y túnicas tornadas en emblemas
hunden su ardiente procesión y con ceniza
la frente me señalan.

PARAFRASIS DE LA VIUDA

Frente al acento varonil caído
a la pasión del polvo, la mujer
sucumbe a orillas de la indiferencia,
cambia el lamento en odio y su esplendor
acerca hacia el caudillo que se apaga.

Ayer su amor, a repentina altura
alzado, demoraba el despertar;
pero cayó, asombro escrito sobre el muro
que profanó una espada sin imperio.

No llorará ante rocas azotadas
por vientos tempestuosos, ni el destierro
detrás del corporal desplome hará
desvanecerse en ruinas y parábolas
el ácido solar de su hermosura.

Porque conoce ahora, al respirar
el perezoso ruido del desastre
ardiendo sin arder su cabellera,
cómo sobre el recinto funeral
de la almohada túrbase el silencio.



EL HIJO NATURAL

A su pregunta, yo sobre la piel
veía los silencios cruzar el transparente
origen del pecado.
Quizá fue por la tarde
o cierta madrugada, cuando el insomnio era
escándalo antes y después, y el alma
en sordo interrogar de prisionero
urdía entre la sombra la varonil espera
de la perduración.

De su mirar volaban
retratos, somnolencias, un rostro femenino
en lucha contra el tiempo: ala o peste
que deja la ciudad e incendia calles
y alcobas sin historia, propicias luego al súbito
nacer de la amargura.
Noches de perversión
derrámanse en sus ojos, materia luminosa
de una mujer que en ellos no perdura.

FRAGMENTOS DE LA ESTATUA

A nada semejante, en su amistad
había ardiente luz que devoraba
lúgubres lluvias al salir del cine
o de regreso de la ola, ruidos
como si el alma detuviera el paso
en la ribera del furor, demoras
que al espejo movieron a piedad
porque el placer su rostro cambiaría
en máscara azotando la penumbra.
Del túmulo final que da la espalda
al beso delator de los desplomes
nacía la fatiga, desengaño
que inicia el descender como la estrella
al desprenderse cruza carcomida
mansión de indiferencia. Mas la alcoba
era término, hermosa mansedumbre
en donde el viento hacía breves pausas
en espera del único desorden:
cuerpo que aroma, vicio que deslumbra.

Vuela el amor sobre la orilla, salva
tribus, memorias, abre eternidades
para que en ellas el engaño triunfe
y luego, cuando baja la marea,
pierde su furia contra airada zona
y la caricia es triste duración.
Peces de tedio entonces dan al aire
el despertar de pálidos asombros
como sonido que pasó. La tierra
nos soporta, conoce el denodado



alucinar de quien anhela y sabe
que entre el ardid de la sonrisa todo
sueña y descansa en el navío fúnebre.
Pero el azoro o luz que desbordaba
en dicha su desnudo aún resuena,
alienta y adormece como el eco
de anónima ciudad donde el temor
sobre la calma de la noche advierte
la libertina edad de mis pecados.

EPITAFIO A UNA VIRGEN

Ni sombra hacía sobre el mal su cuerpo,
acaso porque, yerta en esplendor
de súbito desastre, del sonido
pasaba a la evidencia de la espuma.
El aire deshacía su cabello
en leve tempestad y la apariencia
entre su rostro el mundo prolongaba.

No hubo en ella nacimiento, el salmo
al abatir no descendió y la cólera
jamás opuso duda a su desvelo:
era el silencio mismo, la ignorancia
de invocación amenazante, el pez
y la serpiente que de pronto brillan
como el salto mortal de algún relámpago.

Perdida entre sus ojos, deslumbrante
bajo el líquido olor de la quietud,
cantaba la promesa de sí misma
dejando en el deseo la esperanza.
Lecho ni asilo, fiebre ni verdad
su aliento conocieron, ni exigía
respuesta a lo que nunca preguntó.

Iba al café, asistía a los teatros
con premura y en la distancia era
la tentación suicida del arsénico.
Su alma ahora sigue con la gloria
hablando todavía en la morada
ayuna de terror, mas su recuerdo
deja caer el mal sobre la arcilla.

ALABANZA SECRETA

Sobre el azar alzaba su cabello
súbito resplandor, y en avaricia alucinante
hendía el porvenir como regresa el héroe,
después de la batalla, dando al escudo sones de cansancio.

Orbita del asombro, su mirar
ornaba el viento fervoroso del "sí" antes de ser,
en el venal recinto de los labios, hoguera
sosegada por fácil devoción acrecentando escombros.

Entonces de su pecho a indiferencia
las olas ascendían tristes cual la fidelidad,
a lo variable ajenas, pálidas frente al muro
en donde pétreos nombres revivían hazañas olvidadas.

Muchos cruzaron la tormenta, muchos
amanecían a su lado: azufre victorioso
en inmortal historia acontecido, bestias
rendidas para siempre al usurpar la cima del asedio.

Acaso la soberbia apaciguaba
el deplorable aliento entre la noche, la agonía
abriendo en dos las aguas del orden sometido
a la heredad polvosa, casi pavor análogo a la duda.

Pero, sierpe segada, ebria de orgullo
hería la avidez como si estar desnuda fuera
perenne despojarse del pecado mortal,
iluminada al ver el júbilo opacando el movimiento.



Inmóvil a la orilla del torrente,
yo era el aprendiz de la violencia, el sorprendido
olivo y el laurel mudable, porque a solas
solía renacer cuando salía de aquel inmundo cuarto.

Despierta Débora en ocaso o eclipse
erguido, ondea ahora hablando a media voz, por fin
inmune al implacable sudor fluyendo en sed
para el sediento o cólera labrada en el antiguo ariete.

Perdida entre la gente, derrotado
color en la penumbra, suelta el esquife hacia la nada,
mas su imagen un cántico profiere, brisa o trueno
pretérito sonando en el solar airado del cautivo.

MUJER ANTE EL ESPEJO

Deja la sombra, advierte la humareda
velando el oleaje de los años: fervor y compasión
desde el abismo alternan castidades segadas
y el perenne danzar de Salomé.

Tu sonreír la escoria desafía, por un instante alienta
escamas que prolongan el destellar del pelo
y alzan la imagen de la juventud,
en tanto el tiempo tórnase en espacio, tardío atardecer
suspenso entre el rumor de la corriente impura.

Tú, que labraste anónimo laurel
y por las noches el amor trocabas en pálida sentencia,
avivas el fulgor que a la serpiente engaña
cuando cruza la ola del sonido.

Levanta del recuerdo aquel vacío cuando a ojos cerrados,
sin odio ni embriaguez, te recostabas, fría
como el asombro, a renacer clamores
y jardines recientes, precediendo la única tormenta
que aniquila en el valle mortal los infortunios.

Llora si quieres, cúbrete de escarnio
al contemplar en humillada piel el esplendor que iba,
de calle en calle, hendiendo un vendaval de tigre
a veces por el vino restañado.

En épocas de crimen, los placeres de ti se desprendían
como pueblos y arenas, comarcas y naufragios,
y tus cabellos eran desnudez;



pero cierra los párpados y deja al tiempo agonizar
porque la estatua al fin presiente su derrumbe.

LA IMPREVISTA

Mírame así, a la frente: deshacías
en himnos la apariencia semejante
al sueño, y la lujuria en el sudor
ardía témpanos de mal, araba
en oquedades los remordimientos.

Cuando con esa voz de lejanías
invocabas los sitios, las costumbres,
era tu cabellera la humedad
del alma en el verano, parecida
a insomnios dilatados por la ausencia.

Después de ti, el asombro del pecado
y la virtud donde el placer concluye
nada eran y en nada convertían
el último solaz, el desafío
ante el olor cansado de lo inmóvil.

En la conciencia un muro desvanece
la furia, la piedad, el movimiento,
y de aquellos sollozos esparcidos
en medio del relámpago el fulgor
de su imagen anima las tinieblas.

Deja el ayer, descúbrete en mis ojos:
sobre el vacío caen las palabras
y en su oscilar las horas resplandecen
hasta tornarse en el espacio adonde
asciende la mujer desconocida.



DESTIERRO APACIBLE

LA NOCHE DEL SUICIDA

I

Alza la noche el salmo del olvido,
en oquedades su oración desata ásperas melodías
y al sonoro desfile el corazón suspende
el fragoroso duelo.
Con fría certidumbre desploma los linajes
y levanta la tempestad soberbia de la muerte.
Arbol de ráfaga sedienta,
fluye de su aridez un turbio canto
ardiendo entre las sombras, y a su vuelo
las aguas del bautismo se arrepienten,
lloran el largo tiempo, la familiar visita
en deslumbrada tarde,
la lenta juventud en ira absorta
sobre el fúnebre espacio que me espera.

No juegan ya los niños en la calle.
Señora de crueldad, apaciguada
ante el vencido párpado, a olas de traición
cubre de arena el rostro, hacia el temor despeña
el hálito mortal, la urna que contiene
sinsabores, delicias, melancólicos
mármoles yertos en museos,
arcas de honra antigua y soledad,
como abrasado huerto donde cae la frente del laurel.

En vano al pronunciar de la palabra
alienta el corazón espuma de áspides y música
y en efímero reino aloja a veces



lo que la vida arrastra en la marea:
el orbe del sollozo, el añorar insomne
y la caricia que corona en vano
la tierra que nos da perpetuidad.

Un eco solamente anima de fervores nuestro paso,
eco de la pantera que en reposo es cólera dormida:
a su inútil emblema inútilmente el labio invocará
las formas doblegadas, el milagro
de un cuerpo que incendiaba la penumbra,
la furia de los dientes, a cierta hora hermosos,
los cabellos perdidos, el sudor.

Todo en silencio a la quietud navega.

II

Rumores de la casa, niños que ahora sueñan
con la calle, ademanes aún supervivientes
y espigas que en promesa sucumbían
hacia las ígneas rocas arrastran el sudario
de quien sufre el pausado cerrar de las ventanas
mientras del alba de su espectro brotan
órbitas de fatiga,
ladridos sobre espejos asombrados
frente a su propia infamia.

El alcohol engendra lejanías
como el desnudo níquel de la estrella,
desborda en el mantel corduras inocentes
de blasfemias por siglos conducidas

y el fulgurar de su guirnalda vuelca
sal y vinagre, estruendos que custodian
la humillación de aquel que llora los pecados.

Solar de maldición, el valle nos consuela
con amargas costumbres y derrama
hedores de huracán
ante la euforia de saber a solas
cómo el espíritu entre sombras cruza
hacinado en deseos muertos:
labio de frases apagadas
por la desilusión, breve catástrofe
y envidia del cansancio que al amante despeña
en un pavor de iluminadas olas.

Si ávidamente bebo hasta mirar el fondo,
ondas solemnes de inquietud delatan
la máscara piadosa del que hace tiempo duerme
al lado de sus padres, junto a fósforo y cal
jugando a indiferencias,
crédulo en horizontes que ordenan camposantos
llenos de razas extinguidas
y bocas despojadas por el remordimiento.

Sobre el piso, en los muros, a la mesa
perdura la ansiedad del asesino:
relámpagos que vuelven, armonías
ajenas al retorno, formas
en yeso consumidas, narcóticos sedientos
y nauseabundo olor de ardientes madrugadas.

Río abajo descubro la cerveza, el denuesto,
el humo del tabaco cegando los perfiles,
la música estancada en húmedos salones, la ceniza



cumpliendo lentamente
entre sorbos y gráciles cumplidos.
Luego al amanecer, después de ácida
espera, cuando ardían los puentes del cansancio,
la eternidad hollaban inánimes mujeres
que pudren la palabra amor en las habitaciones.

Látigo o escombro, peces
que irrumpen, ciénagas de ocio
o piedra o manantial
daríanme lo mismo porque hoy nada espero,
nadie llama a la puerta y nadie asiste
al indemne crecer de noches sucias
plagadas de baldías tentaciones.

Escancio hasta el final y adviene
apenas el redoble de lo que nunca fue:
confuso trascender de estíos sólo imaginados,
huella de la mirada sobre el viento
y mano convertida en árido esplendor.

Como el día y la noche y la fatiga
y el descanso a la hora de la siesta,
como el hombre que lame la efigie de su duelo
y arroja su albedrío a misteriosa identidad,
aquí estamos clamando
—imagen tras imagen— los hijos de los hijos
desterrados, cubriendo la vergüenza
de nuestras desventuras: polvo al polvo
caído y otra vez espiga y sueño.

III

Isla de estrofas, sobre el alma crece
el engañoso bronce del recuerdo;
frente a la noche yergue su despojo
la estéril vanidad;
en las tinieblas yace —arpa caída
sobre el polvo—, dilata las riberas
y en túmulo callado las convierte,
como lecho encendido por la imagen
de una mujer que sueña.

Larga espuma vagando en alta mar
o águila azorada, ante el solaz de la apariencia
ondea la memoria, baña de horror los últimos instantes
y el cansado cristal de su mentir evoca
la desierta jornada, escalera sin fin
que no conduce, inmóvil en la orilla
de un tiempo desolado.

Todo en su llamarada es fértil consunción,
ciego que se deslumbra en su vacío
cuando al cerrar los ojos nace un mundo
de aromas que corroen superficies,
ardiente en avidez mas serenado
por el secreto impulso de su cieno.

Satélites turbados, los sentidos
ceden al resplandor
y las solemnes rosas funerales
descienden sobre alguien que no existe,
sobre alguien que abandona la ciudad
rumbo al río del nunca más volver
y a la espalda el estrépito consume,



en destruída patria, el óleo de la gloria,
antiguo barro donde la conciencia
vivía soledades y esperanzas.

Ante el postrero engaño —lejos de la amistad—,
lamentaciones, ayes corrompidos,
arcángeles y luz descansarán bajo la frente.
Columnas como serafines, ruinas
abiertas al asombro, amaneceres
día a día colmados de tristeza
de súbito caerán y su salobre musgo,
perdido en la aflicción ae la derrota,
anegará los sordos rumores corporales.

Leve humedad será nuestra elegía
y ejércitos de sombra sitiarán para siempre
el nombre que llevamos.
Porque sólo un imperio, el del olvido,
esplende su olear como la fiel paloma
sobre el agua tranquila de la noche.

MAR A LA VISTA

Ciego de ver en la aridez del alma
la omisión, el insomnio, la funesta
amargura, sostén de su derrota,
miro hacia el mar y el agua es forma pétrea
de impureza mortal en ola y tumba.

Vano ceñir la túnica engañosa,
emblema del cordero entre laureles,
su gracia hiere los espacios, mas
encima de su música respiro
la imperturbable languidez del sueño.

Acaso un lívido desdén golpea
al crepitar la espuma y alza el viaje
de labios y derrotas y destruye
la quieta soledad de la armonía,
la impasible llanura del silencio.

Desolados los aires de batalla,
sin héroe, la sumisa onda abate
incesante el temblor de su apariencia
y cede a los olvidos y a la furia
su femenino resonar de dalia.

Sereno, apenas mueve su tristeza,
permanece el aroma; no violenta
su impúdico sosiego el testimonio
del viento cimbreado, ni la vívida
llama nocturna de la cimbalaria.



Lejos el mar en su desastre anuncia
el reino solitario, la soberbia
vencida del amante, y en secreto
su desnudar alienta el frío símbolo
del tigre a quien invaden los crepúsculos.

Sano y salvo, perdido bajo erguidas
murallas de temor, a solas pienso
si el ácido advertir la dúctil fiera
llena de sal no fuese la plegaria
de amargo presentirse desdichado.

Húmeda melodía, al labio fluye
armoniosa de llamas la palabra:
ira en el templo o dardo moribundo,
Lázaro yergue el rostro, toca el paño
y a sus ojos despliégase el vacío.

Marta, María y el horror circundan
la aureola de Dios y su mirada;
sobre mi oído "Lázaro, ven fuera"
persiste aún y a la solemne arcilla
me atrevo a interrogar: "¿Quién es mi prójimo?"

En medio de la arena, frente a un mundo
sin más consolación ni movedizos
resplandores, mi mano determina
la invariabilidad, el ir llorando
sobre un cadáver condenado a muerte.

DE CUERPO PRESENTE

Yo no estaré presente. La ilusoria
marea irrumpirá, letal y fría,
en olas conmovidas todavía,
a anegar de ceniza la memoria.

Fuego abatido, cólera desierta,
la urna en sábanas al fin vencida
olvidará su resplandor: la vida
ayer a su cuidado amante muerta.

Indiferente imagen, su apariencia
no será abismo sino roca o viento
de soledad, sosiego y permanencia;

cuerpo no más, vacío de pecado,
inmutable al pavor del pensamiento:
solo estará, en sí mismo acostumbrado.

AL MONUMENTO DE UN POETA

Sobre el mármol unánime, el presente
su juventud prolonga. No recuerda
elegías del bien ni vaticina
el fin de la catástrofe. Indeciso
ante el vuelo del pájaro y la bruma,
a la simple materia condenado,
deja que el sol lo bañe y su ademán
apenas interrumpe la distancia.

Dormita la ciudad y de su orilla
apártanse hartos de salud los hombres,
plumas desordenadas por el viento.
El desvelado en busca de la puerta,
el mendigo y sus alucinaciones,
la adúltera que vuelve temerosa
a la hora del bronce desbordado
en huerto sobre el día: hermanos míos
semejantes al ruido que se vuelve
para mostrar el dorso iluminado,
lleno de escamas frías que organizan
la huella de la sierpe que esperaba.

Indiferentes pasan los ciclistas
moviendo la hojarasca, y el poeta
vigila allá en lo alto, testimonio
en exilio que no participara,
luna insensible a honores, implacable
a placeres ahora interrumpidos
mientras alguien devora una manzana
ignorante del mal que lo consume.



Dejó al morir unos cuantos papeles
caídos de la mano. Hoy su inocencia
afluye a quienes juran o se alegran
llamando vida a esto que es la vida.
A veces al leerlos una frase
desencadena ecos sucesivos,
yesca para el cortejo que camina
paso a paso, de rastro a albor, detrás
de la cercana imagen precedente.

Vestigio de la paz, su canto ordena
la trágica armonía y niega el mundo
que a solas levantó con la palabra.

CONSEJOS DEL PEREZOSO

Dormir como la grieta en la columna olvida
orgías, siglos y piedad, ajena
a ayeres, mitos y leyendas: orbes
de salvación y mudas temporadas
de eternidad clamando igual a la palabra adiós
cuando hacia atrás camina, estruendo o luz
que apenas se contrae.

Canta la noche alrededor, la víctima
sin porvenir inclina el rostro al comprender su falta
y piedras de aflicción la cubren para siempre.
Sin hijo y sin hermano, el bronce de los muertos alabemos
porque al morado sol de su tañer no llegan
los afanes que colman la desdicha.

Y volver a dormir sin escuchar al sabio
guarnecido de fórmulas sabidas,
o al necio que se acerca en las reuniones
a desollar el vino y el recreo
frente a alguna mujer, sonrisa o tumbo de la llama,
onda que al conmover la sala anima
reposo solamente.

Augurio del nacer, todo es asombro,
impulso detenido: así la garra del leopardo
en huella petrifica violencias que sucumben.
Con los ojos cerrados, en mármoles caídos perturbemos
el espacio continuo, la salvación del alma.
Y luego caiga el techo y nos sepulte.

VACACIONES DEL SOLTERO

De la ciudad ascienden nubes, humo
en olas de perdón
sobre un ayer morado, emblema de los hombres
que al sobrio desertar del cigarrillo
a la oficina asisten,
ajenos a estos días perdidos en el campo.

Ojos de lince contra el lince, el cazador
salió de madrugada:
iba a caballo la violencia al monte
imaginando bestias, vides que la embriaguez
añoran, moribundo
asido a la obediencia de su origen.

Triste morir sin hijos, el espejo
sucumbe a olor de sílabas
y ayes infantiles que nadie agrió en la boca
aunque su luz miráramos flotar
en desamparo: símbolos
del ser, puñales bajo inútil redención.

La mano al descender con la navaja ahuyenta
el mal del rostro, vence
edades y palabras y destruye
la huella sudorosa del alquilado amor:
oh, la mujer que al lado
está balanceándose en la hamaca.

Luego un paseo al río, a preparar
la noche y distraer



el sueño o la embriaguez latiendo entre las manos,
y al retorno escribir furtivamente
a quien espera lejos:
"El pueblo es sucio, en ti descansa la verdad."

Gracia que al pez evade y precipita en ciénaga,
mañana en la oficina
el campo y la mujer desertarán
del alma: el héroe encenderá su cigarrillo,
absorto en la sospecha
de no haber conocido el más allá.

EL VIAJE DE LA TRIBU

Otoño sitia el valle, iniquidad
desborda, y la sacrílega colina al resplandor
responde en forma de venganza. El polvo mide
y la desdicha siente quien galopa
adonde todos con furor golpean:
prisionero asistir al quebrantado círculo
del hijo que sorprende al padre contemplando
tras la ventana obstruida por la arena.

Sangre del hombre víctima del hombre
asedia puertas, clama: "Aquí no existe nadie",
mas la mansión habita el bárbaro que busca
la dignidad, el yugo de la patria
interrumpida, atroz a la memoria,
como el marido mira de frente a la mujer
y en el cercano umbral la huella ajena apura
el temblor que precede al infortunio.

Hierro y codicia, la impotente lepra
de odios que alentaron rapiñas e ilusiones
la simiente humedece. Al desafío ocurren
hermano contra hermano y sin piedad
tornan en pausa el reino del estigma:
impulsa la soberbia el salto hacia el vacío
que al declinar del viento el águila abandona
figurando una estatua que cayó.

Volcada en el escarnio del tropel
la tarde se defiende, redobla la espesura
ante las piedras que han perdido los cimientos.

Su ofensa es compasión cuando pasamos
de la alcoba dorada a la sombría
con la seguridad de la pavesa: apenas
un instante, relámpago sereno cual soldado
ebrio que espera la degradación.

De niños sonreímos a la furia
confiando en el rencor y a veces en la envidia
ante el rufián que de improviso se despide
y sin hablar desciende de la bestia
en busca del descanso. El juego es suyo,
máscara que se aparta de la escena, catástrofe
que ama su delirio y con delicia pierde
el último vestigio de su ira.

Vino la duda y la pasión del vino,
cuerpos como puñales, aquello que transforma
la juventud en tiranía: los placeres
y la tripulación de los pecados.
Un estallar alzaba en la deshonra
el opaco tumulto y eran las cercanías
ignorados tambores y gritos y sollozos
a los que entonces nadie llamó "hermanos".

Al fin creí que el día serenaba
su propia maldición. Las nubes, el desprecio,
el sitio hecho centella por la amorosa frase,
vajilla, aceite, aromas, todo era
un diestro apaciguar al enemigo,
y descubrí después sobre el naufragio tribus
que iban, eslabones de espuma dando tumbos
ciegos sobre un costado del navío.

SALON DE BAILE

Música y noche arden renovando el espacio, inundan
sobre el cieno las áridas pupilas, relámpagos caidos
al bronce que precede la cima del letargo.

De orilla a orilla flota la penumbra
siempre reconocible, aquella que veían y hoy miramos
y habrán de contemplar en el dintel
donde una estrella elude la catástrofe, airosa
ante el insomnio donde nacen la música y la noche
como si un viento o la canción dejaran restos de su humedad.

Puesta la boca sobre el polvo por si hay esperanza
o por si acaso, en el placer la arcilla anima la memoria
y la conservación violenta de la especie.

Porque amados del himno y las tinieblas, aprendiendo a morir,
los cuerpos desafían el sosiego:
descienden sierpes, águilas retornan con áspero sopor,
y en lucha contra nadie tejen la sábana que aguarda
como la faz al golpear un paño oscuro
hace permanecer el miedo en una fatiga inagotable.

Sudores y rumor desvían las imágenes,
asedian la avidez frente al girar del vino que refleja
la turba de mujeres cantando bajo el sótano.

A humo reducidos los ojos de la esclava,
alud que en vano ruega, ahí holgará la estirpe confundida
por bárbaros naufragios, desoyendo
la espuma de la afrenta, el turbio eco al compartir



con islas que desolan armonías
la sofocante forma del lecho vencedor.

Desde su estanque taciturno increpan los borrachos
el bello acontecer de la ceniza, y luego entre las mesas
la tiranía agolpa un muro de puñales.

Sobre la roca inerte se disipa el nombre que grabó
la cautelosa bestia: asolada la máscara
en la sombra, tranquilo escombro que antes del desplome
ignora la espesura colmada de la herrumbre,
en su orfandad exige, implora, accede
al signo de la vid propicia a la simiente.

Cuando cede la música al fervor de la apariencia, grises
como las sílabas que olvida el coro,
casi predestinados se encaminan los rostros a lo eterno.

Vuelve la espada a su lugar, arrastra
hacia el asombro de Caín el dócil resplandor
del movimiento, impulsos y distancias mezclan la misma ola
y sólo en su heredad persisten los borrachos,
vulnerables columnas que prefieren
del silencio elegido la sapiencia de la desesperanza.

LOSA DEL DESCONOCIDO

Cuando hayas terminado, mira este muro ardiente
donde la bestia cumple su reposo.

Nada el azar evoca. Lejanías
de olas invisibles, lenta
serpiente antes del pecado o hermosas ruinas
en fábulas al verde despeñadas
semejan ecos de mujer
que confundía el gozo con la reproducción.

Pasa el desconocido. Como viento
de infamia los recuerdos sitian
su ávido esperar la aparición: relámpago
en la arena al naufragio parecido,
espuma a término llegada
bajo ira, rumor, bostezo, ociosidad.

Otros han de morir. Desde la puerta,
quieto en el sitio del pasado,
contemplo los placeres en patria sin espigas:
vacío luego que se dice adiós,
urna de oscuridad adonde
amores no recurren ni odios se proclaman.

El huracán cesó y en torno de la estrella
recuerda en mí la soledad su nombre.

INDICE

POEMAS NO COLECCIONADOS

PARAMO DE SUEÑOS

Páramo de sueños

Amor entre ruinas

IMAGENES DESTERRADAS

Tiempo desolado

Tiempo perdido

Búsqueda precaria

Destierro apacible

1. PEDRO LASTRA, Noticias del extranjero
2. CARLOS GERMAN BELLI, En alabanza del bolo alimenticio
3. SALVADOR DIAZ MIRON, Lascas
4. TOMAS SEGOVIA, Figura y secuencias
5. LUIS MIGUEL AGUILAR, Medio de construcción
6. LEOPOLDO LUGONES, Las montañas del oro
7. DANIEL LOPEZ ACUÑA, Tu llegarás a mi ciudad vacía
8. MANUEL JOSE OTHON, Poemas rústicos
9. LEDO IVO, La imaginaria ventana abierta (Prólogo y traducción de *Carlos Montemayor*)
10. ALI CHUMACERO, Poesía completa (Prólogo de *Marco Antonio Campos*)
11. DANIEL LEYVA, Talabra
12. MANUEL GUTIERREZ NAJERA, Poesía completa (Prólogo de *Justo Sierra*)
13. NICOLAS GUILLEN, Cantos para soldados y sones para turistas (Prólogo de *Juan Marinello*)
14. TOMAS SEGOVIA, Anagnórisis
15. MARCO ANTONIO CAMPOS, Hojas de los años
16. GABRIELA MISTRAL, Desolación (Prólogo de *Carlos Montemayor*)
17. JUAN CUNHA, Enveses y otros reveses

ESTEBAN INCIARTE, Adiós a Dios
JOAQUIN DE LA TORRE, Anticipación de un burgués a la muerte
CARLOS MENESES, Seis y seis
OSCAR HAHN, El cuento fantástico hispanoamericano en el s. XIX (Estudio y Textos)
JORGE RUFFINELLI, Crítica en marcha
RENATO PRADA OROPEZA, Larga hora: La vigilia
HENRI MICHAUX, El infinito turbulento (Experiencias con la mezcalina)
HERNAN LAVIN CERDA, Metafísica de la fábula
ALLEN GINSBERG, Diarios (Los cincuenta y los sesenta)
GILBERT TOULOUSE, Un verano en México
ANGEL FLORES, Orígenes del cuento hispanoamericano
ROSA MARIA PHILLIPS, Antología del absurdo ruso
RAUL DORRA, La pasión, los trabajos y las horas de Damián
HECTOR AGUILAR CAMIN, Con el filtro azul
TZVETAN TODOROV, Introducción a la literatura fantástica
R. BARTHES, T. TODOROV y OTROS, Análisis estructural del relato.
NOE JITRIK, El ojo de jade
DANIEL SADA, Lampa vida
FELIX PITA RODRIGUEZ, Elogio de Marco Polo
IRIS M. ZAVALA, Kiliagonía
MARGO GLANTZ, No pronunciarás
BERNARDO RUIZ, La otra orilla
CARLOS MONTEMAYOR, Mal de piedra
HUMBERTO GUZMAN, Historia fingida de la disección de un cuerpo



Esta edición se terminó de imprimir en los talleres gráficos de PREMIA editora de libros, s.a., en Tlahuapan, Puebla, en el segundo semestre de 1980. Los señores Angel Hernández, Serafín Ascencio, Julián Hernández y Donato Arce tuvieron a su cargo el montaje gráfico y la impresión de la edición en offset. El tiraje fue de 1,000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Xavier Villaurrutia, siempre fino, siempre preciso, anotaba en su prólogo a la poesía de Efrén Rebolledo sobre la necesidad de seleccionar a ciertos poetas mexicanos que, de esa forma, ganarían en la consideración del lector, y citaba a Díaz Mirón, Othón, Nervo, Tablada. Asimismo —añadía— que por "la brevedad y concentración de su obra, Ramón López Velarde es un poeta que resiste la lectura de sus poesías completas o casi completas". Este sería el caso de Chumacero, que salvo pocos poemas de Páramo de sueños *(quizá los más villaurrutianos) y menos de* Imágenes desterradas, *se trata de una obra que podríamos compararla a un diamante: casi no es posible quebrarla, y si se hace, parece quebrarse toda ella. Su avara obra, reunida en tres pequeños libros, es un solo poema, y da, como pocas obras de nuestros poetas, visión de unidad: imagen de arco iris en un fondo de oscuridad.*

PREMIA editora s.a